

MISION "K"

Clark Carrados

CIENCIA FICCION

LA CONQUISTA DEL ESPACIO 422

EDITORA BRUGUERA

MISION “K”

CLARK CARRADOS

CAPITULO PRIMERO

El perverso coronel Wilo Dtoow extendió una mano señalando hacia la abertura que los dos cautivos tenían a la vista:

— Cuanto más corran, tanto más se fatigarán y ello no les librará de mayores peligros. No obstante, llegará un momento en que ustedes mismos comprenderán la necesidad de correr. Ahora, entren y busquen el camino que puede conducirles a la libertad. Pero no a la conse¬cución de lo que vinieron a buscar a este planeta.

Tucky Taylor y Michel Dubois se miraron, recíprocamente, durante una fracción de segundo. En un princi¬pio, habían sido tres los agentes secretos enviados para conseguir la maravillosa Formula K. Ahora ya sólo que¬jaban

dos: Hallis Rowan, el tercero, había caído en una trampa aparentemente inocua, puesta en la ruta supuesta de acceso. El final de la trampa, situado a seis metros del suelo por donde corrían, era una especie de cepo colosal, que se había cerrado, de golpe, sobre la cintura de Rowan. El cuerpo de Rowan había sido partido instantáneamente en dos mitades. Tucky Taylor tardaría muchos años — si conseguía salir vivo de aquel apuro — en olvidar el horripilante alarido que había emitido su compañero al darse cuenta de lo inexorable de su suerte. Un grito brevísimo, pero que todavía resonaba en sus tímpanos, a pesar de haber transcurrido ya veinticuatro horas desde el suceso.

Era evidente que el coronel Dtoow cumplía muy a gusto las órdenes que le habían sido dadas por su superior, Maldus Hitar, Nobilísimo y Augusto Protector de Barduhl. Por su parte, Hitar no tenía mayor interés en tres espías; lo único que pretendía era demostrar a la Tierra que no estaba dispuesto a compartir con nadie la Fórmula K. Y la mejor forma de demostrarlo era liquidando a los tres agentes enviados, aunque mos¬trándose aparentemente benévolo, al permitirles salvar sus vidas, si superaban las pruebas asignadas. Pero ello no era más que un medio de diversión para Hitar y sus hombres más fieles, quienes, seguramente, estaban con¬templando la escena a través de las pantallas de tele¬visión.

Taylor, por su parte, sabía que no podía hacer nada por evitarlo. Tenía que superar aquella prueba.

¿Y después?

¿Les dejaría libres, Hitar, o propondría otra prueba más, considerando que no se había divertido bastante?

Si pudiera llegar hasta el sitio donde había dejado escondido el bote auxiliar de la astronave que les había llevado hasta Barduhl... Previendo posibles dificultades, había enviado el bote por delante, por control remoto de radio. Sabía dónde estaba, pero era tan inalcanzable para él como la poseedora de la fórmula, Jazira d'Aussy. Y el bote estaba bien provisto de toda clase de armas e instrumentos, para superar las más difíciles contin¬gencias.

Pero ahora no podía ni soñar en ello. Hitar y el pelo¬tón de soldados que le escoltaban, armados hasta los dientes, cortarían en el acto el menor intento de fuga.

Y, por otra parte, la prueba parecía sencillísima. Delante de ellos se extendía un túnel de amplia sección, con una ancha raya azulada en el centro del suelo, que se perdía en la distancia. Taylor se preguntó si, más adelante, la raya se bifurcaría en otras, dando origen a un laberinto inextricable, del que no volverían a salir en los días de su vida.

Pero debía de haber un medio de encontrar el camino que, según Dtoow, podía conducirles a la libertad. Ins¬piró fuertemente y echó a andar.

Dubois se emparejó con él, en el acto.

— La prueba no parece difícil — comentó.

— Ahorra energías — recomendó Taylor —. Dtoow no nos ha dicho la longitud de este camino. Puede tener mil metros o un millón de kilómetros...,

y no llevamos encima una triste cantimplora con agua.

Miró hacia arriba. ¿Era, de verdad, un túnel? El techo, si lo había, parecía transparente, aunque no se divisaba nada más allá. Las paredes tenían las mismas caracte¬rísticas. El suelo era lo único tangible, puesto que lo notaban firme y sólido bajo los pies.

Dubois continuaba quejándose. Taylor pensó que no había tenido demasiada suerte con los compañeros que le habían sido asignados para lo que, oficial, pero secre¬tamente, se conocía como Misión K.

Hallis Rowan, audaz y valeroso, pero excesivamente vehemente. Tal vez por ello había acabado en el pozo del cepo que lo había partido en dos. Dubois, astuto, pero propenso a la queja y al desánimo por débil que fuese el obstáculo que se presentase inopinadamente. Taylor había pedido en vano ir solo a la misión, pero el jefe se había negado a ello, alegando que tres era el número ideal.

«Ya sólo quedamos dos. ¿Por cuánto tiempo?», se preguntó amargamente.

Por otra parte, las dudas corroían, también, su ánimo. ¿De verdad era tan importante la Fórmula K, como para enviarlos a una posible muerte? Sin embargo, Tay¬lor era un hombre disciplinado y se daba cuenta clara de que había cosas que le resultaban desconocidas, por su relativa insignificancia y, por lo tanto, no tenía otro remedio que seguir adelante, hasta el fin, cualquiera que fuese éste.

A su lado, Dubois emitía refunfuños y maldiciones sin cuento. Taylor decidió abstraerse en la tarea de cami¬nar, moviendo las piernas a un ritmo siempre igual, respirando acompasadamente, ahorrando el máximo de energías. Por ahora, no se divisaba la salida de aquel extraño túnel.

Unos minutos más tarde. Dubois lanzó una excla¬mación:

— ¡Tucky, esto es una cuesta arriba!

Taylor estudió el trazado de la ancha línea azul que les servía de guía en su marcha. Sí, la línea subía, pero, cosa extraña, no percibían una fatiga suplementaria. No obstante, sintióse invadido por una rara inquietud. ¿Qué clase de nueva trampa les había sido preparada?

Tal vez se trataba solamente de una trampa psicoló¬gica. Lo mejor, por tanto, era hacer caso omiso y con¬centrarse en lo puramente físico, en el movimiento de sus músculos, en la respiración...

Transcurrió una hora y el túnel no daba señales de acabarse.

— Debiéramos descansar —sugirió Dubois.

— Sigue —dijo Taylor, implacable—. Apenas has cu¬bierto seis kilómetros.

— Pero...

— ¡Cierra el pico de una maldita vez! —exclamó Tay¬lor exasperadamente.

Dubois le miró casi con asombro. Taylor apretó los dientes y siguió andando.

Era curioso. El suelo parecía continuamente ascen¬dente, pero no se vislumbraba el fin. ¿Por qué subían sin cesar y, sin embargo, no notaban una fatiga suplemen¬taria?

Transcurrió otra hora. Taylor calculó que habían cubierto doce kilómetros. Debía rebajar el ritmo, pensó. En aquel momento, Dubois extendió su brazo.

— Tucky, por favor, no puedo más. Hagamos un alto...

Taylor vaciló. El aspecto de su compañero era lamen¬table. Estaba cubierto de sudor, de pies a cabeza y res¬piraba con dificultad. Sí, pensó, era el momento de tomarse un descanso.

Y en aquel preciso instante, sonó en su cerebro la señal de alarma que le advertía de un peligro inminente.

Dubois también lo vio y lanzó un atroz chillido:

— ¡Tucky! ¡Estamos cabeza abajo!

Taylor salió hacia adelante.

— ¡No te pares! — aulló—. Sigue, sigue...

Aunque se sentía muy fatigado, echó a correr, sin dejar de recomendar a Dubois que le imitase:

— ¡Corre, corre, Michel!

Inesperadamente, oyó un atroz alarido:

— ¡Tucky...!

Con los pelos de punta, Taylor se dio cuenta de que el grito de Dubois se perdía en la distancia. Volvió la cabeza un instante, muy breve, sin dejar de correr, y pre¬senció algo horripilante.

Dubois caía, moviendo brazos y piernas frenética¬mente, a la vez que daba vueltas sobre sí mismo, pre¬cipitándose en un abismo sin fondo, hundiéndose en un pozo infinito, mientras su grito de terror le acompa¬ñaba en aquella mortal caída. Taylor no quiso seguir mirando: el instinto le hacía comprender que su salva¬ción estribaba en seguir corriendo hasta que le reven¬tasen los pulmones.

Pero la fatiga, a pesar de que era un hombre robus¬tísimo, termino por hacer presa en él. Ya tenía plomo en los músculos y fuego en el pecho. ¿Cuántos latidos por minuto daba su corazón dolorido?

De pronto, tropezó consigo mismo y cayó. El suelo era relativamente blando, pero la inclinación no cesaba, aunque ahora era en sentido opuesto, hacia abajo. Tay¬lor se sintió resbalar por una especie de tobogán y, resig¬nado, a punto de perder el conocimiento, se dejó ir hacia un ignorado destino.

* * *

Abrió los ojos. Lo primero que vio fueron dos pier¬nas. El hombre, estaba parado frente a él, con los pies ligeramente separados v las manos en

las caderas. Alzó un poco la vista y reconoció el rostro aquilino y bur¬lón del coronel Dtoow.

— ¿Cómo se encuentra, Taylor?

El prisionero hizo una profunda inspiración.

— ¿Por qué no me remata de una vez? —gruñó.

Dtoow se echó a reír. Hizo un gesto con la mano y cuatro hombres alzaron en vilo el cuerpo de Taylor, quien permaneció inmóvil, sabiéndose demasiado fati¬gado para resistirse. Vio que lo conducían a un vehículo aéreo, que tenía cortinillas en las ventanas, y se relajó en el asiento. Tenía una sed horrible, pero el mismo orgullo le hizo permanecer silencioso; no quería reba¬jarse a mostrar el menor signo de debilidad.

Veinte minutos más tarde, se hallaba en una amplia habitación, elegantemente decorada, situada en lo que supuso era el palacio residencial del protector de Barduhl. Dtoow señaló una puerta situada al fondo.

— Allí hay un cuarto de baño, con ropas limpias. Cuando haya terminado, le esperará una buena comida —dijo.

— ¿La última comida de un condenado a muerte? —preguntó Taylor.

— No hay ventanas en el cuarto de baño — respondió Dtoow significativamente.

Taylor se sumergió en una bañera llena de agua tem¬plada, lo que tonificó considerablemente sus músculos doloridos. Pensó, con delicia, en una buena sesión de masaje al terminar, pero era demasiado pedir. Cuando estuvo seco, pasó un peine por sus revueltos cabellos negros, contemplándose especulativamente ante el espejo.

Medía un metro noventa y pesaba ochenta y cinco kilos, aunque calculó que habría perdido dos en aquella carrera que había tenido una longitud no inferior a los veinte kilómetros. Estudió su rostro enjuto, de ojos leve¬mente oblicuos, herencia de una abuela china, la cual vivía todavía y conservaba buena parte de una belleza que, en sus tiempos, no había tenido rival. Era precisa¬mente su abuela, cuando supo el trabajo al que iba a dedicarse, la que le había aconsejado que hiciese prácticas en determinados ejercicios físicos que la sofisticada y mecánica civilización del siglo XXIII no sólo tenía ya en menos, sino que había dejado caer en desuso. Taylor se dijo si sería conveniente utilizar sus conocimientos en tal clase de ejercicios.

El traje consistía en una especie de casaca corta, cerrada de cuello y de tejido extensible, de modo que se adaptase a todas las tallas. Los pantalones eran ceñi¬dos, del mismo tejido, y la indumentaria se completaba con unas botas blandas, muy cómodas, de media caña. No había bolsillos ni cinturón.

Salió del baño. Con asombro, vio una mesa puesta, con los más exquisitos manjares. Sentado ante la mesa. Dtoow sonreía amablemente.

— Llene el buche, Tucky — dijo, bonachón.

Había un enorme pavo asado, ensalada, verduras, patatas hervidas con mantequilla y un par de botellas de buen vino, además de un enorme cuenco repleto de variadas frutas. Sin la menor ceremonia, Taylor agarró un muslo de

pavo con las manos y lo acercó a la boca, disfrutando, por anticipado, del exquisito olor que se des¬prendía de la carne asada.

— ¿Y después, coronel? —preguntó.

— Después, será el propio Hitar quien decida sobre su suerte —dijo Dtoow, quien se había apoderado del otro muslo.

— Parece lógico —murmuró Taylor—. Oiga, ¿qué ha¬bía en ese maldito túnel...?

— Hitar se lo explicará —fue la escueta respuesta del coronel.

CAPITULO II

Maldhus Hitar estaba sentado en un salón privado, donde recibía a las visitas que no necesitaban proto¬colo. No obstante, era una especie de salón del trono, con un gran sillón, sobre un estrado de seis peldaños, tapizado en rojo fuerte, y con dos guardias inmóviles a ambos lados.

Los guardias llevaban las corazas doradas, símbolo de la guardia personal del protector. Sus únicas armas eran sendas lanzas de dos metros de longitud, aparente¬mente poco eficaces, pero Taylor sabía que podían emi¬tir mortíferas descargas de luz sólida por el cabo que se apoyaba ordinariamente en el suelo. Taylor vio, también, los cascos dorados, con orejeras que, supuso, debían impedir que sus dueños oyeran conversaciones indiscre¬tas. Pero el remate de aquellos cascos era una antena de veinte centímetros, destinada sin duda a captar órde¬nes emitidas por radio.

Dtoow entró con él y se inclinó profundamente ante el hombre de enorme corpulencia que se hallaba en el trono.

— Señor, traigo al único superviviente —informó.

Los ojos de Hitar parecían cubiertos por la grasa de sus párpados. Pero Taylor sabía que aquellas apenas visibles pupilas no perdían el menor detalle de lo que sucedía en el salón.

— Está bien, coronel. Eres un fiel y leal servidor — dijo Hitar—. Ahora, por favor, déjanos solos.

— Sí, señor.

Hubo un instante de silencio. Luego, Hitar dijo:

— Me dan ganas de perdonarte la vida, Taylor.

El prisionero enseñó las palmas de sus manos.

— ¿Puedo evitar que hagas tu voluntad? —contestó.

Hitar sonrió.

— Eres un tipo listo. Supiste que no debías dete¬nerte cuando estabas en lo alto del túnel.

— Que era una especie de rueda gigantesca y, como todo círculo, no tenía principio ni fin. ¿No era así?

— En parte. Vosotros, en realidad, estabais siempre en el mismo sitio, aunque movieseis las piernas incesan¬temente. Era el suelo el que se deslizaba bajo vosotros.

— Una paradoja —murmuró Taylor.

— Algo por el estilo. Una paradoja psicofísica. Lo cual significa que tu compañero no cayó hacia abajo, sino que subió a lo alto.

— Y se estrelló...

— Con la misma fuerza que si hubiera caído, digamos, de unos seis mil metros de altura.

Taylor hizo un rápido cálculo. Una caída uniforme¬mente acelerada desde una cota semejante, significaba una velocidad máxima, en el punto de

impacto, de unos 190 km/h. Por lo tanto, en ese momento, el cuerpo de Dubois había estado sometido a una fuerza 450 veces superior a la gravedad normal. Debía de haberse aplastado horriblemente, se estremeció.

— ¿Y ahora? — preguntó.

— Te someteré a una última prueba. Si la superas, podrás volver vivo a la Tierra. Aunque fracasado en tu misión, por supuesto. Pero no es poco volver con el pellejo intacto, ¿verdad?

Había algo de repulsivamente cínico en aquellas pala¬bras. Se suponía que el protectorado de Hitar era un gobierno legalmente establecido, con un adecuado res¬peto a los derechos humanos y, sin embargo, se habían divertido con ellos como los antiguos romanos con los gladiadores en el circo y los cristianos arrojados a las ñeras. Podía admitirse que se trataba de espías, pero, aun así, el castigo debía ser impuesto sin sádicas tor¬turas.

Taylor guardó silencio, mientras Hitar continuaba:

— La Fórmula K nos pertenece. Es cierto que fue des¬cubierta por un terrestre, el profesor D'Aussy, pero todos sus trabajos se realizaron en Barduhl, bajo nuestros auspicios y consumiendo un dinero que salió del erario público. A mayor abundamiento, la fórmula está en poder, actualmente, de la hija del profesor, nacida en Barduhl y, por tanto, ciudadana de plenos derechos de este planeta. Por esa razón, rechazamos absoluta¬mente cualquier reclamación que la Tierra pueda hacer sobre esa fórmula.

— Yo no soy político, señor —contestó Taylor signi¬ficativamente.

— Lo sé. Eres una simple marioneta de los políticos terrestres. Pero cuando a una marioneta se le cortan los hilos, deja de funcionar y el público se queda sin su diversión, mientras el artista tiene en las manos unos hilos absolutamente inútiles.

— Una metáfora absolutamente acertada, señor.

— Gracias —dijo Hitar, con una leve inclinación de cabeza—. Celebro que lo hayas comprendido, aunque ello no te librará de la prueba que he decidido rea¬lices.

— ¿Cuál es la prueba, señor?

Una leve sonrisa flotó durante unos instantes en los gruesos labios del protector.

— Atravesar el Desierto Llameante —contestó.

* * *

Taylor sintió que perdía el aliento.

Antes de salir de la Tierra, había estudiado a fondo la geografía barduhliana; era algo indispensable para un agente secreto. Uno de los puntos que más habían llamado su atención era, precisamente, el denominado Desierto Llameante.

Tratábase de una vasta llanura, con abundancia de fuegos volcánicos —

de ahí el nombre—, en la que no vivían animales ni plantas de ninguna especie. Nunca llovía en aquellos desolados parajes y el sol azotaba impíamente el suelo, que parecía arder por todas partes En doscientos kilómetros a la redonda no había una sola fuente de agua ni mucho menos un árbol bajo cuya sombra poder cobijarse.

Por las noches, evitaría los feroces ataques del sol, pero ello no aliviaría en absoluto sus padecimientos. El suelo quemaba, y era casi imposible tenderse para des¬cansar. Aunque le diesen unos zancos de metal, de dos metros de altura, a los pocos kilómetros, el calor del suelo se habría transmitido a los zancos y alcanzaría sus pies, primero, y luego sus manos. Las botas blandas que llevaba ahora, se quemarían antes de cubrir los prime¬ros diez kilómetros.

¡Y la distancia que debía recorrer era de doscientos!

— ¿Eres antropófago, Maldhus?—preguntó súbita¬mente.

Hitar se sobresaltó.

— ¿Por qué dices esa estupidez?—bramó, colérico.

— Antes de que hayan transcurrido tres horas, mi cuerpo estará perfectamente asado. La carne resultará un poco dura, pero, vaya...

— No me gustan ciertas clases de ironías —rezongó el protector—. Tienes que atravesar el Desierto Llamean¬te, si quieres sobrevivir.

— ¿Y si me niego?

Taylor se cruzó de brazos. Hitar hizo un gesto con la mano.

Uno de los coraceros puso horizontal su lanza, con el dedo apuntando al pecho del espía.

—Hay un modo de atravesar el Desierto Llameante, pero, claro está, no te lo voy a indicar yo —dijo Hitar—. Ahora bien, si te niegas, este hombre te abrasará aquí mismo con una descarga de luz sólida.

Todavía cruzado de brazos, Taylor contempló pen¬sativamente el palo encarado a su cuerpo, del que dis¬taba un par de metros escasos.

— Conque hay una forma de atravesar ese desierto — murmuró.

—Sí.

Taylor dio un paso hacia adelante.

— No sé qué será peor...

Súbitamente, lanzó un grito agudísimo, penetrante, con una estridencia que hizo temblar a los tres hombres. Al mismo tiempo, movió fulgurantemente la mano iz¬quierda y desvió la lanza a un lado. Una centésima de segundo después, saltó, estiró el pie y alcanzó de lleno la coraza del soldado.

Hitar se quedó estupefacto. La patada había abo¬llado profundamente una coraza que se suponía resis¬tente a cualquier impacto. El guardia, con la caja torá¬cica hundida, cayó por tierra, arrojando sangre por boca y narices.

— ¡Mátalo, mátalo! — aulló Hitar.

Taylor se lanzó hacia adelante, dio una voltereta sobre sí mismo y se elevó como una pelota fantasmal, girando al mismo tiempo hacia su derecha.

Puso las puntas de los pies en el estrado, volvió a saltar y, con los pies juntos, atacó la cara del otro guardia.

Chasquearon unos huesos. El soldado se desplomó. Taylor no sintió ninguna compasión. Los hombres de Hitar eran tan feroces como su dueño. Hitar no era protector de Barduhl, sino de sí mismo. Gobernaba el planeta por la fuerza, pese a su pretendida benevo¬lencia.

Inmediatamente después, Taylor giró en redondo y cayó sobre el sillón, en el que su ocupante trataba de levantarse, sin conseguirlo del todo, debido a su enorme mole y a la falta de actividad muscular. Taylor hizo una fantástica demostración de fuerza, alzando sobre su ca¬beza al sillón y a su dueño.

Hitar chilló, aterrado, mientras volaba por los aires a diez pasos de distancia. Cayó sobre el brillante pavi¬mento, resbaló unos metros y se quedó inmóvil, mientras el sillón ricamente decorado se convertía en un montón de doradas astillas.

— ¡Bah, una madera de clase ínfima! — dijo Taylor, despreciativamente.

A la derecha del trono, había una puertecita que, seguramente, conducía a las habitaciones privadas del protector. Estaba cerrada con llave, pero Taylor la hizo volar en fragmentos, de un fenomenal patadón. Luego se lanzó, a la carrera, por un penumbroso y angosto corredor, con la única y obsesionante idea de ganar el bote auxiliar, que le permitiría escapar de un mundo declaradamente hostil.

El corredor terminó, de pronto, en una pequeña ro¬tonda, de techo transparente, cupular, en la que se divi¬saban varias puertas. La luz que penetraba por el techo no era suficiente para indicar cuál era el mejor camino para escapar. Taylor, un tanto irresoluto, se detuvo una fracción de segundo.

De pronto, oyó voces al otro lado del corredor:

— ¡Por allí!

— Es un hombre peligroso...

— ¡Disparen contra él, apenas lo vean!

— ¡No! —aulló Hitar—. Quiero que lo atrapen vivo, quiero que atraviese el Desierto Llameante... Pero ten¬gan cuidado con él; es un matador de hombres.

— ¡Vamos, aprisa, busquen por todas partes! —Era la voz del coronel Dtoow.

Taylor decidió que no debía perder más tiempo. Saltó hacia la puerta más próxima y, con gran alivio, encontró que el picaporte funcionaba sin dificultades. Cruzó el umbral de un salto y, apenas lo había hecho, oyó un chillido femenino.

Una mujer corrió a esconderse detrás de unas cor¬tinas. En cualquier otro momento, Taylor habría soltado e1 trapo de la risa, al sorprender a una hermosa mucha¬cha completamente desnuda. Ahora, sin embargo, no podía reír.

Ella asomaba su cabeza por un lado de las corti¬nas. Taylor vio unos

atractivos ojos verdes y una cho¬rreante cabellera pelirroja. Sin duda, la chica acababa de salir del baño y no había tenido tiempo aún de secarse. O quizá le gustaba secarse sin la ayuda de toallas.

Pero aquel pelo rojizo y los ojos verdosos le resulta¬ban conocidos.

«Mira por dónde he ido a encontrarla», se dijo, mientras corría hacia la puerta del cuarto de baño.

— Oiga, ¿adónde va...? — preguntó la chica.

— Luego te lo diré, Jazira — contestó él, sin dejar de correr.

— Escuche, yo no...

Pero Taylor ya no la escuchaba. Unos segundos más tarde, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

— Abra, abra...

— ¡Un momento, por favor! —pidió la joven.

Los golpes se repitieron, enérgicos e impacientes. Ella corrió a buscar una bata, que encontró en el interior de un armario. Sus pies dejaban todavía huellas húmedas en el pavimento.

Segundos después, abría la puerta. Dtoow, con dos coraceros, armados con pistolas de luz sólida en lugar de las lanzas, apareció ante sus ojos.

— Estamos persiguiendo a un peligroso delincuente —dijo el coronel —. Ha matado a dos guardias y ata¬cado personalmente al protector.

Dtoow se interrumpió, repentinamente.

— Tú eres...

Ella, aunque roja de vergüenza, irguió el cuerpo.

— Sí —contestó.

— Está bien, vamos a registrarlo todo.

Dtoow y los guardias franquearon el umbral. Dtoow se encaminó, en primer lugar, al cuarto de baño. Vio la ventana cerrada y luego arrojó una mirada a la bañera. Sus secuaces estaban revisando los armarios y la cama.

— Aquí no está —dijo Dtoow, al cabo de unos minu¬tos—. Ciérrate con llave, muchacha.

— Sí —respondió ella, con los labios prietos.

Antes de salir, Dtoow se volvió y la miró de un modo singular.

— Me cambiaría por él de muy buena gana — dijo.

— No te cambies por ese hombre. Sólo lo es de nom¬bre..., según ciertos informes que han llegado a mis oídos.

— Informes deliberadamente tendenciosos... —dijo Dtoow en tono agrio.

Ella se encogió de hombros.

— Tómalo como quieras —respondió.

Dtoow no dijo nada y cerró la puerta. Inmediata¬mente, la chica corrió y cerró con doble vuelta de llave. Luego se dirigió hacia el baño.

—Salga —dijo.

Pero nadie le contestó. Intrigada, dio un par de pasos en el interior de la pieza. Entonces, sintió que dos dedos se apoyaban en ambos lados de su

cuello, percibió una aguda sensación de dolor y, sin haber podido gritar si¬quiera, perdió el conocimiento.

CAPITULO III

Abrió la puerta cautelosamente. El palacio estaba sumido en un silencio total. No había guardias coraceros a la vista.

Taylor se inclinó y recogió el cuerpo, todavía incons¬ciente, de la joven, cargándoselo sin dificultad sobre el hombro izquierdo. Cruzó la pequeña rotonda y abrió otra puerta. Esta daba a un amplio corredor, por el que se paseaba rítmicamente un guardia armado.

El cuerpo de la joven quedó de nuevo en el suelo. Taylor aguardó unos momentos, junto a la puerta entor¬nada. Los pasos del centinela se acercaron. Taylor oyó el inequívoco sonido de un giro en redondo. Entonces, salió de su escondite y atacó por la espalda.

Mientras le fuera posible, no quería matar. El cora¬cero quedó inutilizado. Dormiría varias horas. Taylor, mentalmente, dio gracias a su abuela china. Luego cargó otra vez con el cuerpo de la chica.

La misión iba a resultar más fácil de lo que pare¬cía. Ya tenía en su poder a Jazira d'Aussy. En la Tierra le arrancarían la Fórmula K, aunque ella no quisiera soltarla.

La muchacha pesaba lo suyo, no obstante lo cual, Tay¬lor corrió rápida y silenciosamente a lo largo del pasillo. De pronto, se detuvo ante una puerta.

En la Tierra había aprendido la grafía del idioma barduhliano. También le habían ensenado los planos de la residencia del protector. Abrió la puerta, cerró a sus espaldas y encendió la luz.

Los informes conseguidos a lo largo de pacientes investigaciones no habían mentido. Allí, ordenadamente alineados en sus estantes, se hallaban los propulsores individuales que no todo el mundo podía utilizar en Barduhl. Con uno bastaría, se dijo.

Eligió uno cualquiera al azar, aunque antes probó el cuadro de instrumentos. El indicador señalaba «Carga Completa». Para moverlos con más facilidad, disponían de una base con ruedas. El propulsor individual era un artefacto tan voluminoso como una persona. Taylor se situó de espaldas al aparato y se ciñó los arneses ade¬cuadamente. Luego, con pequeños pasitos, se acercó al yacente cuerpo femenino.

— Levántate — ordenó.

La chica obedeció. Tenía los ojos abiertos, pero no veía. Taylor emitió otra orden:

— Cuélgate de mi cuello.

Ella lo hizo así. Entonces, Taylor puso en posición el mango de control y accionó suavemente el mando ele¬vador. Sus pies quedaron situados, en el acto, a diez centímetros del suelo.

Luego se acercó con gran lentitud a una de las ven¬tanas. Alargó la mano izquierda y presionó el botón que la abría mecánicamente. Una vez el paso libre, rodeó la cintura de la chica con el brazo izquierdo y accionó los

controles para elevarse hasta la altura del ante¬pecho. Presionó el mando de velocidad y el propulsor arrancó a la oscuridad de la noche.

Debajo de ellos, brillaban las luces de Khixowur, la capital de Barduhl. Era una sinfonía de puntos de todos los colores, las grandes plazas, las avenidas intermina¬bles... Un derroche de energía que la Tierra no podía permitirse, a pesar de haber conseguido dominar los secretos de la radiación solar. Pero la Fórmula K era una especie de panacea para tales problemas, la solución definitiva para cientos de siglos..., y, sin embargo, Bar¬duhl, a pesar de su evidente conexión terrestre, la cone¬xión que suponía que sus habitantes fuesen todos des¬cendientes de colonizadores llegados desde el tercer pla¬neta del Sistema Solar, no quería cederles la formula a ningún precio.

« ¿Por qué?», se preguntó, mientras el suelo se des¬lizaba velozmente bajo sus pies.

¿Quién era el que se negaba a ceder la fórmula? ¿Barduhl, es decir, sus ciudadanos, o el tirano que se autodenominaba protector?

Ya era indiferente, se dijo. Tenía en su poder a la persona que conocía la fórmula mejor que nadie, a excepción de su fallecido descubridor.

Y allá en la Tierra había procedimientos para con¬seguir la fórmula, aunque, por supuesto, sin el menor daño para su poseedora.

Las luces de Khixowur fueron quedándose atrás. Bar¬duhl tenía un satélite tipo Luna, en cuarto creciente, cuya luz era la precisa para divisar los detalles orográficos del suelo. Taylor vio la cinta plateada del río Ziphovvur, ancho, majestuoso, y viró un poco a su dere¬cha, siguiendo el curso a contracorriente, aunque a unos mil metros de distancia. No tardó demasiado en avistar la montaña de la Triple Cumbre, con sus tres cimas agudas como puñales, de inconfundible perfil. Entonces, viró un poco hacia la izquierda y empezó a perder altura.

Diez minutos más tarde, se posaba en el fondo de un angosto barranco. La chica continuaba en la misma postura.

—Suéltate.

Ella obedeció en silencio. Taylor tocó un botón y los arneses se desprendieron automáticamente. Entonces, agarró la mano de la chica y tiró de ella hacia la nave¬cilla oculta bajo una gigantesca marquesina de roca. Al acercarse a la escotilla de acceso, buscó el panel de apertura y marcó las cifras de la combinación. Las teclas parecían formar parte del fuselaje y era difícil locali¬zarlas para quien no estuviera en conocimiento de su situación en el casco. Segundos después, se abría la escotilla y entraban en la nave.

Taylor encendió una de las luces de emergencia, sufi¬ciente para ver el camino que debía seguir, sin que se emitieran resplandores peligrosos. Tirando siempre de la mano de la joven, la llevo al puesto de pilotaje y la hizo sentarse en uno de los sillones. Sujetó el esbelto cuerpo con las correas de seguridad y luego hizo lo propio.

Presionó el botón de encendido. El cuadro de man¬dos se iluminó. Un letrero verde brilló ante sus ojos: «Posición para despegue.» Taylor sonrió

satisfecho; en la Tierra, pese a todo, seguían haciéndose bien las cosas.

Lentamente, salió de debajo de la marquesina. Cuan¬do tuvo campo libre, tocó la palanquita del acelerador y el aparato se lanzó velozmente hacia las alturas. Una vez en franquía, se volvió hacia su hermosa acompa¬ñante.

— ¡Despierta, vuelve a la normalidad!—ordenó.

* * *

Ella sacudió la cabeza y se volvió hacia Taylor.

— ¿Por qué me ha traído aquí? —exclamó, irritada.

— La pregunta sobra —sonrió él—. Le ruego me dis¬culpe por la forma en que la he tratado, pero no tenía otra solución, si quería conseguirlo.

— ¿Conseguir... el qué?

— Está claro, Jazira.

— ¿Cómo ha dicho?

Taylor suspiró.

— Jazira. Y el apellido es D'Aussy.

— Caballero, no sé quién es usted, pero sí sé quién soy yo. Y, desde luego, no me llamo Jazira d'Aussy, sino Irina Zandrol.

Hubo un largo espacio de silencio en la cabina. Tay¬lor trataba de digerir las palabras que acababa de es¬cuchar.

— Repita eso, por favor —pidió al cabo, con helado acento.

— Irina Zandrol —contestó ella—. Y, aunque no sé su nombre, sí sé, en cambio, que estoy al lado de un hombre que ha matado a dos coraceros.

— Tuve que hacerlo, porque… ¡Oh, maldición! ¿Cómo he podido equivocarme tan estúpidamente? —gritó Tay¬lor, furioso contra sí mismo.

— ¿Equivocarse? ¿Es que no quería raptarme?

— Usted no me interesa en absoluto. Es Jazira la que... —Taylor se pasó la mano por la cara—. Ella es también pelirroja y tiene los ojos verdes.

— Sí, dicen que tenemos cierto parecido —convino la chica—. Pero ahí acaba todo, en esa no demasiado acentuada semejanza fisonómica.

— Y corporal, y de edad. Pero, entonces, ¿qué dia¬blos hacía usted en la residencia de Hitar?

Irina se envaró en su asiento.

— Por ahora, prefiero no contestar —dijo—. Y, si no le molesta, dígame su nombre.

— Tucker Ernest Taylor, pero puedes llamarme Tuc¬ky. Y suprimir el usted, claro.

— Sospecho que eres uno de los espías que captu¬raron la semana pasada.

— Sí, lo soy.

— ¿Dónde están los otros dos? Oí decir que eran tres.

— Han muerto.

— Mal negocio, la profesión de espía.

— En Barduhl, y en las actuales circunstancias, sí.

— Tucky, el coronel Dtoow entró en mis habitacio¬nes, pero no te encontró. Y no hay muchos escondites que digamos. ¿Dónde te habías metido?

El sentimiento de frustración que atenazaba el áni¬mo de Taylor fue disipado unos momentos, lo justo para lanzar una carcajada.

— Tú acababas de salir del baño. La bañera estaba a rebosar de espuma —contestó.

— ¡Oh...! De modo que te tumbaste allí...

— Era un buen escondite, ¿no te parece?

— Sí, pero luego me atacaste... ¿Qué me has hecho?

— Primero, presioné ciertos centros nerviosos, que te hicieron perder el conocimiento. Luego te hice inge¬rir el contenido hipnótico de una de mis muelas. Es una diminuta ampolla, con capacidad de un par de milímetros cúbicos de droga y con una duración aproxi¬mada de veinticuatro horas, a menos que el que propina la droga lo desee voluntariamente, como en nuestro caso. Naturalmente, en el hueco de la muela puede haber filtraciones de saliva, pero no son suficientes para disol¬ver la envoltura exterior de la cápsula. Sólo los jugos digestivos...

— ¡Ooooh...! —chilló Irina—. Me hiciste tragar algo que llevabas en la boca desde hacía... Siento que voy a vomitar...

— No tienes por qué hacerlo; los efectos se han pasa¬do ya —rió él.

Irina apretó los labios.

— También puedes llevar en la boca una ampolla de cianuro. He oído decir que a los espías les obligan a llevarla.

— Cierto, me obligaron, pero me la quité en cuanto estuve a solas. ¡Por los Cien Millones de Soles de Bar¬duhl! A buena hora voy a suicidarme yo, mientras tenga la más mínima posibilidad de salir adelante.

— Bien, pero, a lo que parece, el hombre infalible se ha equivocado — dijo ella sarcásticamente—. ¿Qué pien¬sas hacer, ahora, conmigo? Porque lo correcto, y lo que yo debería pedirte, aunque sé que no vas a hacerme el menor caso, es que me devolvieras a la residencia de Hitar.

— ¡Devolverte allí! —resopló Taylor—. Ni que estu¬viera loco... ¿Por qué había de hacerlo?

— ¿Quieres saber por qué estaba yo en aquel lugar?

— Si no tienes inconveniente...

— El protector se encaprichó de mí.

— Y tuviste que ir a su residencia privada.

—Sí.

— Podías haberte negado.

— Cierto, pero me insinuaron que mi familia podría ser deportada a los campos de kesium. ¿Sabes lo que eso significa?

Taylor entornó los ojos

— Trabajo incesante y graves daños para el orga¬nismo, aunque no en todos, ya que hay personas natu¬ralmente inmunes a las radiaciones del kesium.

— Exactamente —confirmó la chica—, Pero eso nun¬ca se sabe; los análisis previos no pueden determinar si una persona es, o no, sensible al kesium. Sólo cuando presenta los primeros síntomas de contaminación se sabe que el condenado ha sido atacado por esas letales e incurables radiaciones.

Taylor apretó los labios.

— En tal caso, tendré que empezar a pensar en dar media vuelta —murmuró—. Pero tendremos que aguar¬dar veinticuatro horas. No podemos volver en pleno día, compréndelo.

— Muy bien, pero llévame allí.

— Sí, lo haré, porque he de corregir mi error. A quien quiero encontrar es a Jazira d'Aussy.

— ¿Para raptarla? —adivinó Irina.

— Ya no te lo puedo ocultar. ¿Sabrás guardarme el secreto?

Ella se echó a reír.

— ¿Crees que tus proyectos son secretos? Cuando me sorprendiste en mi habitación, llevaba apenas cuatro horas, aguardando la llamada del protector. En ese tiem¬po, oí hablar de ti y de tus compañeros más de lo que hubiera podido imaginarme nunca.

— ¡Caramba, nunca pude sospechar que fuésemos tan populares...! Claro es que Hitar, por las razones que sean, ya que nunca las ha expresado públicamente, se niega a ceder a la Tierra la Fórmula K. ¿Lo sabes tú, Irina?

— Esas son cuestiones de política que no me intere¬san absolutamente nada, Tucky.

— Sí, ya me lo figuro. De todos modos, pronto ten¬dremos que empezar a buscar un terreno donde posar la nave y aguardar escondidos a que se haga de día.

— Aquí, no —se estremeció la muchacha—. Por lo que puedo ver, estamos volando directamente sobre los pantanos de Snerboh.

Taylor ladeó la cabeza. Sí, debajo de ellos se veían numerosas chispas brillantes, que señalaban los luga¬res en que el agua afloraba a la superficie de aquella extensa zona pantanosa. A veces, incluso, se veían ele¬varse nubes de vapor que, a la luz del día, estimó Tay¬lor, debían de tomar un tono amarillento.

En Snerboh, recordó de sus estudios geográficos sobre Barduhl, vivían animales de ferocidad iniguala¬ble, algunos de ellos con cierto remoto parentesco con los dinosaurios terrestres de la Era Secundaria. La zona era absolutamente inhabitable para los seres huma¬nos y Taylor sabía que no se tenían jamás noticias de alguien que cayera en aquellos mortíferos pantanos. El desgraciado que tenía la mala suerte de poner el pie en aquella letal zona, no volvía a ser visto con vida. Ni tampoco se encontraban sus restos.

De súbito, una lámpara roja centelleó vivamente en el cuarto de

mandos. Una voz metálica, gangosa, dijo:

« ¡Alarma de cohete, alarma de cohete!»

— ¡Maldición! —juró Taylor—. ¡Nos han localizado!

CAPITULO IV

Una pantalla televisora se encendió automáticamente en el cuadro de mandos. Los ojos aterrorizados de Irina contemplaron, con morbosa fascinación, la chispa roja que se acercaba al bote con vertiginosa velocidad.

—Sujétate bien —dijo Taylor.

Ella se agarró con manos crispadas a los brazos del sillón. La luz roja, que señalaba la tobera incendiada del cohete, se aproximó raudamente.

Unos segundos después, pudo ver la imagen del pro¬yectil, que parecía ir a entrar directamente en la nave a través de la pantalla. Pero, en el mismo instante, Irina se sintió irresistiblemente lanzada a un costado del sillón.

Aunque los arneses eran capaces de mantener su cuer¬po firmemente sujeto, sintió, no obstante, una agonía indescriptible, debido al súbito cambio de rumbo efec¬tuado por Taylor en el último segundo. Irina creyó notar que la nave viraba a babor, al mismo tiempo que des¬cendía en un pronunciado picado. Casi en el mismo momento, algo rugió por encima de sus cabezas.

La estela del proyectil chamuscó literalmente el fuse¬laje de la nave. Una fracción de segundo más tarde y ciento cincuenta metros más lejos, el cohete deflagro con espantosa detonación.

La noche fue alejada durante unos instantes, por el vivísimo resplandor del estallido. Luego, la onda explo¬siva llegó, golpeando al bote con tremenda potencia. Como la nave estaba en descenso, su cota bajó más todavía, al mismo tiempo que frenaba su marcha adelante con terrible brusquedad.

Irina creyó que habían chocado con un impenetrable muro. Sus ojos se cegaron durante unos segundos. Oyó vagamente a su compañero emitir atroces juramentos. Luego sintió que la nave se agitaba horriblemente. Cuan¬do recobró la normalidad en la visión, se dio cuenta de que la aproximación al pantano era algo irremisible.

Taylor conectó los retropropulsores de freno. Cuatro chorros rojos aparecieron, de inmediato, en el morro del aparató. Pero, aun así, no pudieron evitar el choque contra la copa de un gigantesco árbol.

Hubo una serie de tremendos crujidos y estallidos cuando las ramas y las hojas salieron despedidas en todas direcciones, como si hubiesen sido víctimas de una tremenda explosión. El impacto contra el árbol fue el freno definitivo. La nave avanzó apenas una docena de metros y luego cayó a plomo.

Hubo un colosal chasquido. Enormes chorros de sucia espuma subieron a lo alto. Aterrada, Irina vio que las aguas del pantano, tal vez demasiado profundo en aquellos parajes, ascendían rápidamente hasta cubrir la nave por completo.

El descenso, sin embargo, duró pocos segundos. Hubo un choque, mucho más suave, y la nave se detuvo al fin, ligeramente ladeada hacia babor.

Irina lanzó un alarido histérico al ver que se habían hundido en las aguas del pantano, pero Taylor cortó en seco su grito:

— ¡Cállate! Por ahora no corremos ningún peligro.

Ella se quedó con la boca abierta, estupefacta al oír aquellas palabras, que le parecían demasiado presuntuo¬sas.. Sin hacerle el menor caso, Taylor tocó varios con¬troles en el tablero de mandos y las luces inundaron la cabina.

— Este bote auxiliar es absolutamente estanco —añadió el espía—. Ciertamente, también resulta demasiado pesado, a causa de sus generadores, y del blindaje que los protege, pero, en caso necesario, podría navegar sin dificultades bajo el agua, mediante la inyección de aire a unos tanques especiales de que dispone. Por ahora, sin embargo, nos conviene más permanecer en el fondo.

Taylor se soltó los atalajes y se puso en pie. En torno a la nave sumergida, sólo había agua turbia, debido a la remoción del fango del fondo. Irina se sentía aturdida, sin creer todavía en su buena suerte.

— Voy a preparar un poco de café —dijo él—. Creo que nos conviene a ambos.

Cuando trajo la infusión, Irina notó cierto sabor extraño.

— Le he añadido unas gotas de coñac; eso nos recon¬fortará —sonrió Taylor. Lanzó una mirada al cuadro de instrumentos y agregó—: Estamos a veintisiete metros de profundidad. Permaneceremos aquí hasta la noche.

— ¿Hay reserva suficiente de aire? — preguntó ella, aprensiva.

— El bote auxiliar está construido para una supervi¬vencia sin problemas, en los más diversos ambientes, tanto exteriores como subacuáticos. Aquí, una docena de personas podrían subsistir durante dos meses, debido a las reservas de aire, agua y provisiones almacenadas.

— Por lo tanto, dos personas, pueden vivir sin salir a la superficie...

— Un año.

— Demasiado tiempo. Acabaríamos padeciendo de claustrofobia.

— Por eso emergeremos a la noche —contestó él, tras apurar el contenido de su taza. El agua se aclaraba un poco, pero, pese a todo, la visibilidad no rebasaba los diez o doce metros más allá de la proa del aparato. Apenas si se divisaban algunas plantas acuáticas que se agitaban suavemente, movidas por las lentas corrientes liquidas del fondo de la ciénaga.

— Pero pueden localizarnos y venir a buscarnos aquí —alegó Irina, repentinamente.

— Nos han estado siguiendo por radar, tal vez conec¬tado a una pantalla visora. Pero la distancia a la esta¬ción de guía del proyectil era excesiva, casi cien kiló¬metros. Nosotros salimos de su campo de detección prácticamente en el momento del estallido del cohete. Al no vernos en pantalla, creerán que el impacto nos ha hecho volar en pedazos.

— Si lo que dices es cierto, entonces puedo estar tran¬quila por mi familia, Tucky.

— Soy moderadamente optimista a ese respecto..., al menos, hasta que

regresemos al palacio.

— ¿Tienes que volver inexorablemente?

— Sí. Lo siento por ti. Esta es una partida en la que mi planeta se juega demasiado. Dos de mis compañe¬ros han muerto ya.

— Lo cual significa que no tengo ninguna importan¬cia para ti.

— Mi único interés estriba en conseguir la Fórmula K. Y la única persona que la conoce es, precisamente, la hija de su inventor. O descubridor, como prefieras defi¬nirlo.

Taylor se volvió hacia la chica, que continuaba en su asiento, aunque libre de los arneses de sujeción.

— Por otra parte, tú estabas resignada ya a ser el objeto de placer del protector, si no me equivoco —dijo.

Irina hizo un triste gesto de aquiescencia.

— ¿Qué otra cosa podía hacer? —contestó—. Han pasado ya los tiempos antiguos en que una muchacha podía gritar: «La muerte, antes que la pérdida del honor.» Estaré en el palacio un mes, o dos, o el tiempo que se le antoje a Hitar..., y luego me enviará a casa, con un buen fajo de billetes como compensación. Pero mi familia se habrá liberado de ir a los campos de kesium.

— Lo cual, en cierto modo, resulta beneficioso para los Zandrol. ¿De cuántas personas se compone la fami¬lia directamente implicada en este sucio asunto?

— Padre, madre, dos hermanos, casados, y una chica de trece años. Ni siquiera ésta podría salvarse de ir a los campos de kesium —contestó Irina. tristemente.

— En Barduhl deberían hacer algo para librarse de ese tirano —refunfuñó Taylor—. Pero, en fin, la polí¬tica interior de este planeta es algo que no me interesa.

— ¡Sí, ya sé que solo te interesa esa maldita fórmula!

—exclamó la joven, muy irritada—. ¿Tan importante resulta para la Tierra?

— Sí —contestó él secamente. Tendió una mano—. Por allí se va al departamento de camarotes. Elige uno; te conviene dormir. Y, si lo deseas, puedes cerrarte con llave por dentro —añadió intencionadamente.

— Tal vez lo haga—dijo Irina, displicente.

Taylor quedó solo en la cabina de mando. Se pre¬guntó si valía la pena seguir adelante con la misión. Podía emerger, ahora, enviar una señal por radio, recu¬perar la astronave que les había traído desde la Tierra y regresar, diciendo que había fracasado y que le era imposible conseguir la fórmula. Pero su propio orgullo, «mi maldito amor propio», se dijo, le impedía volver con las manos vacías.

También se sentía cansado, pero no quiso acostarse. Simplemente, se sentó en el sillón, inclinó hacia atrás el respaldo, atenuó las luces y cerró los ojos. Un par de minutos más tarde, dormía como un bendito.

* * *

Las horas transcurrieron lentamente. El agua se había aclarado un tanto, pero seguía siendo turbia de¬bido a la naturaleza del ambiente. Los alimentos no escaseaban y comieron sin privarse de lo que les pedía el apetito que sentían. Al atardecer, Taylor hizo algo que intrigó notablemente a la muchacha.

— Envío una sonda detectora al exterior —dijo él, después de haber manipulado brevemente en los contro¬les del tablero.

Fuera del agua emergió una pequeña esfera, soste¬nida por un globo que contenía helio. La esfera estaba unida por un cable a la nave y las señales emitidas por el diminuto radar que contenía, se reflejaban nítida¬mente en la pantalla correspondiente.

— Bueno, como se decía antiguamente, no hay moros en la costa —exclamó Taylor, alegremente.

El globo perdió su gas y se desinfló en un instante cayendo al agua fláccidamente. Taylor recogió la antena y se dispuso a realizar las primeras operaciones para aflorar a la superficie.

De pronto, sintió que la mano de la chica se cris¬paba sobre su hombro izquierdo.

—Tucky..., mira...—dijo Irina, con voz estrangulada.

Los potentes reflectores de la nave iluminaron algo que les pareció un monstruo apocalíptico. Taylor e Irina contemplaron la enorme bocaza del gigantesco reptil que ondulaba lentamente hacia ellos. Un hombre, calculó él, cabía sin dificultades en aquellas enormes fauces, armadas con dientes de veinte centímetros de longitud, tan afilados como puñales y con la dureza del dia¬mante.

La cabeza, monstruosamente grande, estaba guiada por las imágenes que captaban cuatro ojos facetados, dos a cada lado. El cuerpo no medía menos de metro y medio de grosor, por veinticinco o treinta de largo. Era una especie de serpiente colosal, como salida de la pluma de un dibujante loco. De súbito, el reptil se abalanzó contra el aparato.

Irina lanzó un chillido de pavor, a la vez que se echaba instintivamente hacia atrás. Taylor maldijo entre dientes. Aquella gigantesca serpiente pesaba decenas de toneladas. El bote auxiliar era fuerte, pero podía pade¬cer bajo los ataques del reptil que, sin duda, lo esti¬maba una presa muy apetitosa.

Los dientes rayaron la parte exterior de los vidrios. Dentro de la nave se oyó un chirrido nada agradable. El aparato se tambaleo perceptiblemente.

El reptil, furioso al darse cuenta de su fracaso, insis¬tió de nuevo. Ahora, su enorme cuerpo oscilaba y se ondulaba con movimientos amenazadores. Taylor se dio cuenta de que pretendía envolver la nave para aplas¬tarla, como, seguramente, hacía con sus presas vivas. Era preciso hacer

algo, antes de que la cólera del ani¬mal causara daños irreparables.

Detrás de él, Irina contemplaba a la bestia con ojos llenos de pánico. Una vez más, los poderosos dientes rayaron el vidrio de las ventanillas de proa. De súbito, algo partió del vientre de la nave, dejando una estela de burbujas rojizas en el agua.

A diez metros de distancia, se produjo una sorda explosión. Irina vio que el cuerpo de la bestia se partía en dos mitades, en un repugnante estallido de carne y vísceras despedazadas por la deflagración del ingenio disparado por Taylor. Las dos mitades del animal se convulsionaron violentísimamente durante algunos se¬gundos. Luego, de repente, perdieron su movilidad y cayeron lentamente al fondo.

Taylor se pasó el dorso de la mano por la frente.

— ¡Uf, qué bestia! —exclamó—. Estuvo a punto de darnos un disgusto serio.

— Nunca había visto una cosa igual —dijo Irina—. Sabía que en los pantanos de Snerboh viven animales horribles, pero esto supera a cuanto me había ima¬ginado.

— Para mí también era nuevo —convino él—. En fin, se ha hecho ya de noche y es hora de que subamos a la superficie.

Manejó los controles y el aire comprimido expulsó el agua de los lastres. El casco de la nave chirrió levemente al despegarse del fondo. Con gran alivio, Irina apreció la presión del suelo contra sus pies.

— Subimos —sonrió Taylor.

Momentos después, apreciaron la ligera turbulencia de las aguas al emerger el casco al exterior. Taylor se dispuso a poner en marcha los propulsores que harían elevarse por los aires al aparato. En el mismo momento, percibió un fuerte tirón que le hizo tambalearse.

Irina, cogida por sorpresa, rodó por tierra. Taylor, atónito, vio un cable metálico que terminaba en la proa del aparato, a un par de metros por delante de la lucerna. Divisó, también, una ventosa electromagnética y se dio cuenta de que intentar remontarse, con aquel obstáculo, resultaría absolutamente inútil.

— Pero ¿quién diablos?...—mascculló.

Desde el suelo todavía, apoyada sobre un codo, Irina exclamó:

— Hitar no se dejó engañar, Tucky.

Taylor asintió.

— Tienes razón —murmuró, viendo, impotente, cómo la nave era arrastrada hacia la orilla del pantano.

CAPITULO V

Taylor se preguntó qué clase de muerte le reservaba Hitar. Posiblemente no eran muchos los enemigos que habían conseguido escapar de su residencia. Pero el hecho, en sí, importaba poco. Lo preocupante era que la habilísima maniobra que le había permitido escapar a la explosión de! cohete, no había conseguido engañar a los observadores de tiro. Y, pacientes, habían aguar¬dado a que emergiera a la superficie, para cazarle sin la menor posibilidad de defensa.

De repente, dos potentes reflectores se encendieron a cierta distancia y borraron las neblinosas tinieblas del pantano. Taylor, atónito, contempló a menos de vein¬te pasos, una extraña embarcación, de fondo plano, en la que terminaba el cable que les impedía el despegue.

Aquel cable no había sido disparado desde la orilla, contra lo que había supuesto desde un principio. Sobre la embarcación, que calculó, a ojo, de unos veinte metros de eslora, había una caseta, que supuso era la de go¬bierno. No había borda y sí un extraño y corto mástil, al cual estaba unido el mecanismo que hacía funcionar el arpeo magnético.

Sobre la cubierta de tan extraña embarcación, divisó media docena de personas, ataviadas de una forma es¬trambótica. Todos los tripulantes estaban armados con pistolas de luz sólida, arma que Taylor sabía que estaba prohibidísima fuera de la guardia personal del protec¬tor. Uno de los tripulantes era una mujer, alta, volumi¬nosa, de grandes y mantecosos pechos y vestida con una blusa rota por algunos sitios, y una falda que mostraba buena parte de unos muslos recios como troncos de olivo.

La proa de la nave rozó, al fin, el casco de la embar¬cación. Taylor se sintió tentado de dispararles otro pro¬yectil, pero desistió de ello al pensar en el fondo plano de aquel raro buque. El torpedo pasaría inofensiva¬mente por debajo. Y, por otra parte, viendo que no se trataba de coraceros de Hitar, pensó que tal vez podría entablar negociaciones con aquellos extraños marineros.

De pronto, uno de los tripulantes lanzó un delgado cable que se adhirió al cristal de una de las lucernas. El otro extremo del cable terminaba en una especie de micrófono, por medio del cual emitió una orden.

— ¡Salgan! —dijo el sujeto—. No intenten nada, por¬que podemos fundirlos con una descarga de nuestro cañón de luz sólida.

Los reflectores, situados estratégicamente, para ilu¬minar la noche sin deslumbrar a nadie, mostraron 1a figura de un gigante barbudo, de más de ciento veinte kilos de peso, cuya cabeza estaba cubierta por un cas¬quete de algo parecido al cuero. El resto de la indumen¬taria era muy parecido al de la mujer, sólo que, lógi¬camente, utilizaba pantalones, escasamente cuidados y necesitados de un relevo urgente.

El gigante hizo un ademán, al mismo tiempo. Los otros se apartaron.

Uno de los tripulantes tiró de una tela que cubría algo que parecía un cabrestante eléc¬trico. En realidad, era un cañón de luz sólida, con una potencia cien veces superior a la de las pistolas que empleaban la misma energía.

Taylor supo, en el mismo instante, que un disparo de aquella pieza perforaría su nave de parte a parte, como si estuviese hecha de mantequilla. Resignado, tocó una tecla y, en el techo del bote, se abrió una escotilla, por la que penetró en el acto una oleada de aire húmedo y apestoso.

Inmediatamente, lanzó un potente grito:

— ¡No disparen, nos rendimos!

A bordo de la embarcación sonó una ruidosa carcajada.

— ¡Chicos sensatos! — dijo el gigante.

* * *

Taylor e Irina saltaron sobre las desvencijadas tablas de la cubierta, sintiéndose incómodos, al saberse contemplados por media docena de pares de ojos nada amis¬tosos, pese a las sonrisas que se veían en todas las bocas. Pero eran sonrisas de satisfacción por la presa que acababan de hacer, dedujo el espía sin demasiado esfuerzo.

— ¡Bien!—exclamó el barbudo—, hoy hemos con¬seguido un espléndido botín. Nunca supuse que ese artefacto pudiera permanecer tantas horas debajo del agua con gente en su interior. Ciertamente, pensé que sus tripulantes estarían muertos, aunque veo que no ha sido así. ¿Por qué?

— Es anfibio — contestó Taylor secamente—. ¿Quién eres tú?

— Capitán Mohil —se presentó el gigante, con acento orgulloso—. Estos son mi tripulación: Rhodux, Fruna, Kirto, Zivor y Barod.

Rhodux, alto, delgado, casi esquelético; la mujer, enorme, voluminosa, con ojos llenos de envidia al obser¬var la esbelta silueta de Irina; Kirto, bajo, de cuerpo casi esférico y rostro rubicundo; Zivor, de apariencia corriente, aunque con un parche negro sobre el ojo iz¬quierdo y, finalmente, Barod, casi tan fornido como su capitán, pero más delgado, menos voluminoso. «Mal contrincante en una pelea cuerpo a cuerpo», pensó Taylor, de inmediato.

— Soy Tucky Taylor — dijo—. Ella es Irina Zandrol.

— Una chica muy bonita —sonrió Mohil—. La ver¬dad, nos ha costado un poco localizar vuestra astro¬nave. Disparasteis un torpedo o algo por el estilo, ¿no es así? Hemos percibido una violenta detonación...

— Nos atacó una boa gigante — respondió Taylor.

— Malos bichos. Menos mal que nosotros les hemos tomado la medida. Ya hemos liquidado unas cuantas con nuestro cañoncito. Este es un lugar muy malo para vivir, os lo garantizo.

— Pero vosotros vivís aquí.

— ¡Oh, sí, claro! —contestó Mohil con aire indiferente—. A pesar de

todo, nos ganamos bien la vida.

— No entiendo. ¿Qué beneficios se pueden obtener de este pantano?

Mohil soltó una atronadora carcajada.

— Hay tipos chiflados que vienen a cazar lagartos gigantes y bichos por el estilo, con el objeto de ostentar un trofeo en el lugar preferente de su casa. Vienen en aeromóviles..., y se quedan aquí para siempre.

Irina sintió un escalofrío de horror al comprender el significado de aquellas palabras.

— Entonces, los matáis...

— Sus armas y equipo tienen fácil salida en Khixowur —dijo, desvergonzadamente, el barbudo.

— Eso, sin duda, explica por qué no se vuelve a saber nada de los que vienen al pantano.

— Exacto, preciosa —corroboró Mohil, sin pestañear.

— Lleváis armas de luz sólida, incluido ese cañón —dijo Taylor—. Tengo entendido que están prohibidas a los que no pertenecen a la guardia de coraceros...

Mohil lanzó una atronadora carcajada.

— Tenemos buenos amigos en la capital —contestó— En Khixowur se compra todo y se vende todo, con dinero en abundancia. Los cazadores que vienen aquí son gente adinerada. Acuden equipados con lo mejorcito en armas y pertrechos..., y muchos de ellos, tan presuntuosos son. que traen, incluso, joyas de la mejor calidad. Y nosotros nos decimos: ¿Por qué dejar que se pierdan inútilmente esas cosas tan bonitas?

— Es un punto de vista muy razonable —convino Taylor, con mesurado acento—. Y dado lo que acabo de escuchar, resulta no menos razonable pensar que nos vais a suprimir del mundo de los vivos.

Mohil lanzó una ojeada hacia el bote auxiliar.

— Ese cacharrito anfibio es una verdadera maravilla —dijo—. Lo siento, pero, como dijo aquél, son las nor¬mas de la casa.

Irina apretó los dientes. Ahora estaba segura de morir. Aquellos piratas del pantano no tendrían piedad de ellos. ¿Se sufría mucho al recibir una descarga de luz sólida?, pensó, acongojadamente.

De pronto, Barod se acercó al gigante y le dijo algo al oído. Mohil frunció el ceño un instante y luego con¬templó a la muchacha de una forma muy especial.

— Pues, bien mirado, tienes razón —dijo, al cabo de unos segundos—. No debemos despreciar un bocado tan suculento.

Sonaron algunas risas, que pusieron la piel de gallina a la chica.

— ¿Por turno, capitán? — consultó el tuerto.

— Sorteo —pidió Kirto.

— ¿Y yo? —protestó Fruna.

— Eres muy gorda —dijo Mohil, despreciativamen¬te—. Además, te huele el aliento a pez de pantano, muerto hace un mes.

Sonaron algunas risas. Fruna se enfureció.

— ¡Maldito bastardo! —aulló.

Debía de estar harta de los desdenes y burlas de los demás tripulantes, pensó Taylor, al verla echar mano a su pistola de luz sólida. Pero antes de que pudiera tocar la culata del arma, Mohil disparó su pie en un bru¬tal golpe al bajo vientre.

Fruna lanzó un alarido de agonía, a la vez que se inclinaba hacia adelante, con las manos en el lugar afec¬tado por el patadón. Antes de que pudiera recobrarse, Mohil la agarró por los pelos, tiró de ella, corrió un par de pasos y, tomando impulso, la arrojó por encima de la borda.

Se oyó un horrible chillido, ahogado inmediatamente por el ruido del chapuzón. Fruna se sumergió en las sucias aguas del pantano, para emerger, resoplando como una foca, a pocos metros de distancia.

— Hijo de...—empezó a apostrofar al gigante.

Pero, de pronto, su voz se trocó en un horrible chi¬llido:

— ¡Peces carnívoros! ¡Me atacan! ¡Socorro, socorro! —gritó, desesperadamente.

Taylor sintió un escalofrío de horror. En el agua sucia y fangosa de la ciénaga se había producido, de repente, un vivísimo remolineo de cosas diminutas que se agita¬ban frenéticamente; una especie de infernal ebullición, el centro de la cual era Fruna, de cuya garganta brota¬ban sin cesar horripilantes alaridos de dolor.

La mujer se agitaba epilépticamente, tratando en vano de huir de aquellas diminutas fieras que la devoraban viva. Los reflectores de la embarcación, por otra parte, iluminaban plenamente la horrenda escena.

Taylor vio uno de los gruesos brazos de Fruna total¬mente cubierto por unos seres que no medirían más de diez o doce centímetros de longitud por dos o tres de grueso máximo, de color plateado, los cuales esta¬ban tenazmente adheridos a la carne, ya enrojecida por la sangre que brotaba de innumerables heridas. El resto del cuerpo de la mujer era asimismo una aterradora masa de voracísimos peces que mordían sin cesar una presa que, no cabía duda, estimaban sumamente ape-titosa.

Pero lo más horrible de todo era que los piratas del pantano, olvidados momentáneamente de sus prisione¬ros, se habían acercado a la borda y contemplaban el sangriento espectáculo con morbosa satisfacción, bur¬lándose despiadadamente de la desgraciada Fruna, a la vez que proferían obscenos comentarios de crudeza sin igual.

Taylor sintió una repulsión infinita hacia aquellos bru¬tales sujetos. Pero, de repente, pensó en que tal vez que¬rrían continuar la diversión... a costa suya.

Un agudísimo alarido brotó de sus labios. Con enor¬me agilidad, se elevó en el aire más de dos metros, a la vez que saltaba hacia adelante. Sus pies golpearon simul¬táneamente los hombros de Rhodux y Kirto, los cuales, proyectados por una fuerza irresistible, saltaron de la embarcación al agua, a

la vez que lanzaban espantosos chillidos de pánico.

Mohil y los otros se volvieron, echando mano a sus pistolas de luz sólida. Taylor volvió a emitir aquel agudo grito, que hería el cuerpo casi como un puñetazo. Zivor se tambaleó, una fracción de segundo antes de recibir en pleno rostro el impacto del filo de una mano, duro como el granito. El golpe llegó sobre el caballete de la nariz y fracturó los huesos de aquella región craneal. Kirto sintió un agudísimo chasquido en el interior de su cerebro y se sumió definitivamente en la región las sombras.

Un cuarto de segundo después, con un nuevo salto, Taylor disparaba su pie hacia la izquierda, golpeando una muñeca armada. El gigante barbudo se tambaleó. Barod apuntó al joven con su pistola de luz sólida, pero cuando apretó el botón liberador de la energía, el cuerpo de Taylor ya no estaba en el lugar deseado y la descarga vaporizó instantáneamente un montón de matas de la orilla.

Nuevamente atacó Taylor, empleando los conocimien¬tos de la lucha sin armas, en la que era un verdadero maestro. Irina asistía, fascinada, a la pelea, viendo al espía moverse como una sombra borrosa, sin que sus adversarios, sorprendidos, pudieran seguir, ni de cerca, sus fulgurantes acciones. De súbito, Taylor se elevó de nuevo en el aire y, en una décima de segundo, mediante una fulminante tijera, sus pies golpearon sucesivamente el rostro del capitán.

Mohil recibió el doble impacto en plena cara. Pesaba mucho, pero aun un hombre doblemente voluminoso, habría resultado incapaz para resistir aquel ataque. Los dos puntapiés le proyectaron a tres metros fuera de la cubierta. Ni siquiera chilló al caer al agua.

Todavía estaba en el aire Taylor, cuando ya giraba sobre sí mismo, con suprema agilidad. Esta vez fue el pie derecho el que golpeó el costado de Barod, lanzán¬dole rodando por cubierta. Barod perdió la pistola, pero se levantó en el acto y cargó contra el individuo que ya había derrotado a sus cuatro compañeros.

Taylor lo recibió a pie firme. En el último instante, alargó las manos, asió la camisa de Barod por los hom¬bros y tiró hacia sí, a la vez que se dejaba caer de espaldas. Cuando sus hombros tocaban la tablazón de la cubierta, alzó los pies y los situó bajo el estómago de su adversario.

Barod emprendió un vuelo en parábola por encima de Taylor. La fuerza con que había sido proyectado, era irresistible. Cayó sobre cubierta, justo al borde, y rodó fuera de la embarcación. Cientos, miles de voraces peces carnívoros, todavía insatisfechos, se arrojaron sobre él en espesas bandas. Barod chilló aterradoramente. Inclu¬so pudo alargar las manos y colgarse un instante de la borda. Pero un chorro de voraces fierecillas perforó su vientre y penetró ávidamente en su cuerpo. El dolor fue una sensación a la que no pudo resistir y se soltó, con los ojos ya nublados.

Las aguas tenían un repulsivo color rojo. Comple¬tamente desmadejada, sin creer en lo que acababa de presenciar, con las piernas

incapaces de sostenerla, Irina se dejó caer sobre la cubierta.

Empapado de sudor, Taylor se volvió hacia ella y esbozó una sonrisa.

—Bueno, creo que hemos salido del apuro —dijo.

Ella movió la cabeza varias veces. Apenas si tenía fuerzas para hablar.

CAPITULO VI

Durante un par de minutos, no hubo otra cosa que silencio a bordo de la nave pirata. Luego, Taylor se inclinó y tendió una mano a la muchacha para ayudarla a ponerse en pie. Irina temblaba, todavía, visiblemente.

— Creo que deberíamos irnos ya — dijo él.

Irina sonrió débilmente.

— Eres un hombre terrible —manifestó—. ¿Dónde aprendiste a luchar como un diablo?

— Me enseñó mi abuela —contestó él, alegremente.

— ¿Cómo?

Taylor se echó a reír, al observar la sorpresa de la muchacha.

— Ya te lo contaré en otro momento —dijo, a la vez que la asía por un brazo.

Dieron dos pasos. De repente, se oyó un horrible sonido en las inmediaciones.

Taylor e Irina volvieron la cabeza al mismo tiempo. El sonido era una mezcla de rugido de león y trompeteo de elefante, pero con una potencia infinitamente supe¬rior. Ruido de hojas agitadas con violencia y ramas tronchadas se percibió en las inmediaciones.

— ¿Qué es eso? —preguntó él.

— Alguna bestia gigante...

— Pues sí que estamos bien. Serpientes y peces car¬nívoros en el agua y animales gigantes en la superficie —refunfuñó Taylor—. Anda, vamos antes de que sea tarde.

Pero ya era tarde.

La bestia apareció, bruscamente, ante sus ojos, a menos de cuarenta metros de distancia. Taylor creyó que soñaba.

Tenía ante sí a un animal cuadrúpedo, de más de veinticinco metros de largo y seis o siete de alto, con el cuerpo acorazado por grandes placas óseas y una serie de enormes espinas en el dorso, en dos hileras que empezaban en la cabeza, relativamente pequeña, y ter¬minaban en la cola, que más parecía un colosal aguijón, con la punta lo suficientemente larga como para ensar¬tar a cuatro hombres sin la menor dificultad. Los dien¬tes, observó Taylor, no eran demasiado grandes.

La bestia, probablemente, no era carnívora. Pero debía de sentirse furiosa por algún oscuro motivo. Lo cual no resultaba precisamente agradable, porque una carga de aquel animal, que debía de pesar varias decenas de toneladas, los aplastaría como si fuesen simples insectos.

—Un dinosaurio… —murmuró él, todavía estupe¬facto.

— ¿Qué es eso? —preguntó la muchacha.

— Nada, te lo explicaré luego.

Taylor miró hacia su bote. Podían llegar tal vez y guarecerse en su

interior, pero no era seguro que el ataque de la bestia dañase su estructura. Había que eliminar todo posible riesgo de avería. En la nave esta¬ba su salvación..., siempre que funcionase normalmente.

Miró hacia las pistolas de luz sólida que yacían en el suelo. Saltó, agarró una, apuntó y disparó.

De la boca del cañón partió una raya blanca, de intolerable resplandor. Para asombro suyo, la des¬carga apenas si chamuscó una de las placas óseas del costado.

La bestia trompeteó, irritada. Era evidente que, aun habiendo resultado indemne, había sentido molestias en el interior de su voluminoso corpachón. Taylor hizo otra descarga, con análogos resultados negativos.

El gigantesco animal avanzó otra docena de pasos. Repentinamente, Irina lanzó un agudo grito

— ¡El cañón, el cañón!

La chica saltó hacia la pieza, montada sobre un sen¬cillo ajuste, consistente en una columna hueca de hie¬rro, suficiente, dado que no tenía que soportar los efec¬tos de retroceso del disparo. Con el pulgar derecho pre¬sionó el botón de contacto.

Una luz se encendió de inmediato en la culata del arma, señalando que estaba lista para funcionar. El cañón disponía de dos asas, con las que se le podía hacer girar en todas direcciones. La figura del gigantesco animal apareció, instantáneamente, en la mira del arma.

Irina presionó el botón de disparo cuando el dinosau¬rio estaba a menos de quince metros de distancia. La cantidad de energía que necesitaba un cañón de luz sólida era enorme y las luces de los reflectores se ate¬nuaron hasta menos de la mitad de su potencia habitual, cuando el chorro de luz sólida, grueso como el brazo de un hombre, surgió instantáneamente entre la boca del cañón y el blanco.

El dinosaurio se detuvo en el acto. Taylor sintió el abrasador calor de la descarga, cuyo resplandor apare¬ció de inmediato al otro lado del cuerpo del monstruo. Había entrado cerca del pecho, sobre la pata delantera derecha, y salió sobre la trasera izquierda. El animal se desplomó fulminantemente, con la cabeza hundida en las aguas fangosas.

Los reflectores volvieron a funcionar normalmente. Taylor se volvió hacia Irina. Ella estaba pálida, pero son¬reía.

— Ahora si que debiéramos marcharnos cuanto antes — dijo.

— Estoy de acuerdo contigo, preciosa.

El arpeo electromagnético seguía adherido todavía al casco de la nave. Taylor entró en la caseta y hurgó en los mandos. Encontró una palanca que le pareció la apro¬piada y la bajó de golpe.

— ¡Estamos libres! — gritó Irina.

— Muy bien. Ahora, aguarda un momento.

Taylor encontró un hacha de gran tamaño colgada en una de las paredes de la caseta. Salió fuera y buscó una escotilla que había entrevisto con

anterioridad. El fondo de la embarcación estaba a menos de dos metros de la cubierta.

Bajó con cuidado. Las tablas no le ofrecían ninguna confianza, cosa que pudo comprobar unos segundos más tarde, cuando, al segundo hachazo, vio que el agua pe¬netraba impetuosamente en el casco. Agrandó el agu¬jero con un par de golpes más, soltó el hacha, alargó las manos, se colgó del borde de la escotilla y se izó ágilmente a la cubierta.

— Ahora podemos irnos —dijo.

Entraron en el bote. Taylor lo hizo elevarse unos cuantos metros. La embarcación de los piratas se sumer¬gía lenta, pero inexorablemente.

Taylor dio potencia al mando de ascenso y la nave se elevó sobre el pantano.

— ¡Uf, qué nochecita! —exclamó.

* * *

A cincuenta metros sobre la superficie, Taylor esta¬bilizó el aparato y conectó el piloto automático, tras haber marcado el rumbo de regreso a Khixowur, a una velocidad no superior a los sesenta kilómetros por hora. Luego se levantó y fue a la cocina, en donde pre¬paró café. Con dos pocillos en las manos, regresó a la cabina y entregó uno a la muchacha.

— Creo que nos lo hemos merecido — sonrió.

Irina hizo un gesto de asentimiento. Después de tomar un par de sorbos hizo una pregunta al joven.

— Bien —dijo él, como respuesta—, la palabra dino¬saurio está compuesta por dos voces de un antiguo idio¬ma terrestre, el griego. Saurio significa lagarto y dino, terrible, que compusieron el nombre de dinosaurio, «terrible lagarto», con el que los científicos designaron en un principio a las especies de animales gigantes que existieron en nuestro planeta hace millones de años. Na¬turalmente, había una gran variedad de seres de muy diversas formas y costumbres..., aunque, presumo, nin¬guna como la que nos hemos enfrentado esta noche tan movida.

— Sí, ha sido un poco movida. Francamente, no pen¬saba salir con vida de este trance —confesó la chica.

— Hubieran abusado de ti y luego te habrían cor¬tado el cuello.

— Pero tú... ¿Dónde aprendiste a pelear de esa for¬ma? Jamás vi nada semejante... ¡Oh! Dijiste que tu abuela, pero, supongo que debe de tratarse de una broma.

Taylor sonrió.

— Bueno, no fue la guapa abuela Lita Chow la que me enseñó, sino la que me recomendó que aprendiera este género de lucha, sin armas, aunque también se em¬plean en ocasiones. Es un método de combate que nació en el país de mi abuela hace más de mil años. La sola mano, bien entrenada, puede

resultar un arma mor¬tífera.

— Desarmado, venciste a cinco feroces piratas —mu¬sitó Irina.

— No podía permitir que me asesinaran. Podía haber perdido, entraba dentro de lo lógico, pero, al menos, no hubiese muerto sin intentarlo todo.

— Y venciste—dijo ella, admirada—. Ahora es cuan¬do creo que conseguirás la fórmula del kesium.

— Es posible —volvió a sonreír Taylor.

— Pero ¿por qué interesa tanto a la Tierra?

— Las fuentes de energía se agotan en nuestro pla¬neta. La energía solar, pese a todo, no es suficiente. Nece¬sitamos una fuente de energía barata y abundante, ade¬más de prácticamente inagotable, eso es todo.

Taylor dejó a un lado la taza vacía y continuó:

— Hay en funcionamiento una planta de kesium, pero es la única y, pese a que su actividad puede durar toda¬vía un par de cientos de años, resulta claramente insu¬ficiente. Necesitaríamos conocer la fórmula para elabo¬rar el kesium, ya que la muestra que tenemos en la Tierra fue conseguida, debo admitirlo, por métodos no muy éticos. Pero esa misma muestra permitió a los cien-tíficos llegar a conclusiones definitivas sobre el par¬ticular.

— Conclusiones que tienen, como objetivo, este pla¬neta.

— Lo siento, pero es así. A Hitar se le han hecho proposiciones de todo género: contratos, pactos, trata¬dos comerciales, con infinitas ventajas en su desarrollo... Siempre, siempre, se ha negado a negociar sobre el ke¬sium, y jamás ha dado razones para justificar su nega¬tiva. Simplemente, ha dicho no, y eso es todo lo que sabemos.

— Algún motivo tendrá, ¿no crees?

— Si lo tiene, como parece lógico, se lo guarda para sí y no lo dice a nadie. Naturalmente, el gobierno de la Tierra se ha hartado ya de suplicar y ha decidido tomar otro camino para conseguir el kesium.

— Pero ese mineral se extrae de ciertos campos...

— En estado impuro. Se precisa un complejo de refino muy complicado, a fin de obtener una pureza del ciento por ciento. Sólo entonces resulta utilizable el kesium.

— No he oído nunca hablar de una planta de refino de kesium en Barduhl —dijo Irina, pensativamente.

— Debe de estar en alguna parte, pero tampoco eso nos servirá de nada. Se necesitarían años enteros de observación, como un empleado cualquiera, para cono¬cer su funcionamiento, y aun así, no es seguro que se obtuviese un resultado satisfactorio. En cualquier fábri¬ca, un empleado, aun de alto rango, no siempre conoce de una manera absoluta el proceso completo de elabo¬ración de la materia de que se trata.

— Comprendo. Y sólo Jazira d'Aussy conoce esa fórmula...

— Sí, pero está prisionera en la residencia de Hitar. Y la misión que me encomendaron consiste en, diciéndolo crudamente, secuestrarla para llevarla a

la Tierra, en donde conseguirán que transmita la fórmula.

— Jazira puede negarse a hablar.

Taylor emitió una ligera sonrisa.

— Hay drogas que volverían irresistiblemente char¬latán a un difunto.

Irina se indignó.

— Y tú aceptaste tomar parte en este horrible juego...

— La supervivencia de mi planeta está en el kesium —contestó Taylor, muy serio.

—A costa, tal vez, de la vida de una persona, por¬que después de que le hayan aplicado esas drogas, Jazi¬ra no será la misma...

— La ciencia ha adelantado bastante y las drogas no dejarán rastros en su organismo ni secuelas perniciosas en su mente. Además, tenemos noticias de que ella no tiene inconveniente en darnos la fórmula voluntaria¬mente. A fin de cuentas, es algo que puede beneficiar a la humanidad terrestre; su padre nació allí, precisamente.

— Yo creía que Jazira era una auténtica barduhliana —objetó Irina.

Taylor hizo una mueca.

— Tal vez nuestros informes estén errados sobre el particular —respondió—. De todos modos, esa chica es nuestro último recurso.

Irina guardó silencio, unos instantes, con la vista fija en el lejano resplandor del horizonte, que señalaba la situación de Khixowur.

— Si Jazira se encuentra en el palacio, estará bien custodiada —opinó.

— Pero nos creen muertos, recuérdalo. Por lo tanto, no nos aguardan, aparte de que volamos muy bajo, fue¬ra de la detección del radar.

— Hay centinelas, Tucky.

— Lo sé.

— Y si me ven a mí, sabrán que tú también has regresado.

— Tengo que ir allí, no hay otra solución—contestó él, obstinadamente.

— ¿Se te ha ocurrido alguna idea para entrar en la residencia?

— Entraremos de la misma forma que salimos.

— Con el propulsor individual.

— Exactamente. —Taylor consultó su reloj de pul¬sera, ajustado al horario barduhliano—. Son las doce y media. A las cuatro en punto, iniciaremos el asalto.

— Escucha —dijo ella, de pronto—. Yo tengo muchos amigos en Khixowur. Podría pedirles ayuda...

— No. —Taylor rechazó la idea contundentemente—. No quiero que nadie más se arriesgue por mi culpa. Hitar no tiene nada de benévolo y mataría sin piedad a cualquiera de mis colaboradores.

— Puede matarme a mí. Tucky —murmuró ella, con suavidad.

— ¿A ti? Yo te secuestré, y vuelves a la residencia por tu propia voluntad. ¿O prefieres ir con tu familia?

Irina meneó la cabeza tristemente.

— No, debo pensar en su seguridad — respondió.

— Entonces, la cuestión está ya resuelta. Por cierto, ¿tienes idea del lugar en donde se encuentra Jazira?

— Ni siquiera sabía que estaba en el palacio, hasta que tú me lo dijiste. ¿Tanto se me parece, Tucky?

Taylor suspiró.

— A primera vista, sí. Pelo rojizo, ojos verdosos, bo¬nita figura...

— Pero mi cráneo está hueco —dijo Irina, maliciosa¬mente.

— Sólo en lo que se refiere a la Fórmula K —res¬pondió el, con evidente desánimo, porque empezaba a desconfiar cada vez más del posible éxito de una misión que había sufrido ya tantos contratiempos.

CAPITULO VII

El propulsor individual ascendió lentamente hasta la ventana del cuarto que habían utilizado, poco más de veinticuatro horas antes, para escapar de la residencia. Una vez libre de los arneses, Taylor volvió el aparato a su sitio, junto con los demás.

Irina aguardaba a unos pasos de distancia. Perpleja, observo que el espía se entregaba a una extraña tarea.

— ¿Qué haces? —inquirió.

Taylor dio la callada por respuesta. Cinco minutos más tarde, se volvió hacia la chica.

— Creo que podemos asomarnos al pasillo — sonrió.

Pisando de puntillas, se acercó a la puerta. Abrió ligeramente. Tal como había supuesto, un centinela se paseaba rítmicamente por el corredor. Al igual que en la ocasión anterior, esperó el momento adecuado y saltó a su garganta. El hombre perdió el conocimiento ins¬tantáneamente.

Taylor lo arrastró al interior. Irina se sentía muy aprensiva.

— No temas —dijo él—. Sólo le he hecho perder el sentido. Dormirá unas cuantas horas, eso es todo.

Las ropas que llevaba puestas eran muy parecidas a las del soldado. Lo único que tenía que hacer era ponerse la coraza y el casco, elementos que juzgó absur¬damente inútiles; no así, en cambio, el cinturón con la pistola de luz sólida. Una vez estuvo equipado, se volvió hacia la muchacha.

— Vamos, te llevaré a tu cuarto —dijo.

— ¿Y después?

— Buscaré a Jazira.

— Pero no sabes dónde está.

— Lo averiguaré.

— Podías habérselo preguntado a éste. —Irina señaló al soldado tendido en el suelo.

Taylor ladeó la boca.

— Es un simple número —dijo—. Hitar no confía sus secretos a los coraceros sin rango. Anda, vamos.

— Agarró la mano de la muchacha v tiró de ella. Con el corredor ya despejado, alcanzaron la rotonda en pocos momentos. Taylor se encaminó a la puerta de la habi¬tación de Irina, hizo girar el picaporte y abrió.

— ¡Adiós! —sonrió.

Ella tenía húmedos los ojos.

— Me gustaría ayudarte —manifestó.

— No corras más riesgos por mí. A mí sí que me gustaría ayudarte, para que no tengas que sufrir ciertas indignidades..., pero ya te dije que el futuro de mi pla¬neta está en juego.

— Sí —suspiró ella. De pronto, se empinó de puntillas y le besó en la

mejilla—. Suerte, Tucky.

Taylor sonrió, mientras apoyaba dos dedos en el lugar donde había sentido el fresco contacto de los labios de la chica.

— Eres estupenda —dijo.

De repente, se oyó el chasquido de una puerta.

— ¡Alguien viene! —exclamó Irina, alarmada—. Ven. escóndete en mi habitación.

Taylor saltó hacia adelante y cerró la puerta con rapi¬dez, aunque dejando un resquicio que le permitiera ver lo suficiente. Segundos después, la figura de una rolliza mujer, que portaba una bandeja en la mano, apareció en su campo visual.

Era una sirvienta, sin duda alguna. Súbitamente, Tay¬lor sintió una inspiración. Aquella criada, con la ban¬deja...

Rápidamente, con el sigilo de un gato, corrió por detrás hacia ella y le puso ambas manos en la garganta, aunque sin apretar excesivamente.

— ¡No grites o te mato! —amenazó.

La mujer se puso a temblar de tal manera, que hasta

los cacharros que llevaba en la bandeja tintinearon musi¬calmente. Irina, muy intrigada, contemplaba la escena desde la puerta de su alojamiento.

— Por favor... —suplicó la sirvienta.

— Eso que llevas ahí, ¿es para una prisionera?

— Sí...

— ¿Jazira d'Aussy?

—Sí.

Sin soltar el grueso cuello de la mujer, Taylor miró por encima de sus hombros. Sobre la bandeja había una jarra con agua, un vaso y un tazón lleno de una sus¬tancia verdosa, de consistencia siruposa y olor no dema¬siado agradable, aunque tampoco repulsivo.

— ¿Qué diablos es eso que hay en el tazón? —pre¬guntó.

— No lo sé, señor. Tengo orden de darle una toma cada ocho horas...

— Tres veces al día.

— Sí, señor.

— Escucha un momento... ¿Cómo te llamas?

— Ehrila, señor.

— Bien, Ehrila, dime ahora quién te dio la orden de administrarle esa pócima a Jazira.

— El coronel Dtoow, señor. Dijo que era prescripción médica; no sé más —contestó Ehrila.

— No grites o tendrás que lamentarlo —advirtió Tay¬lor. Sin quitar la mano del cuello de la mujer, alargó la derecha, pasó el índice por la superficie del jarabe y lue¬go probó, con la punta de la lengua. El sabor era lige¬ramente dulzón y un punto picante, menos desagradable de lo que cabía esperar.

Pero, de súbito, sintió un estallido de luces de todos los colores delante

de los ojos. La rotonda se convirtió casi instantáneamente en un tiovivo que giraba a su alrededor con tremenda velocidad. Las puertas que daban a aquel recinto circular se hicieron borrosas.

Sin embargo, aquella peculiar sensación duró sola¬mente un par de segundos. Taylor volvió a la normali¬dad muy pronto, aunque, casi un minuto más, se notó el cráneo completamente hueco, como si le hubieran vaciado el cerebro.

Comprendió la verdad, la horrible tragedia de una mujer joven, secuestrada con innobles fines. En aquel instante, concibió un virulento odio hacia el hombre capaz de anular, de semejante forma, la voluntad de una persona.

— ¿Es eso todo lo que come Jazira? —preguntó, cuando se sintió más rehecho.

— Sí, señor.

— Es decir, su único alimento.

— En efecto, señor —confirmó Ehrila.

Taylor echó una mirada a su reloj.

— Son las cinco —murmuró—. Otro tazón a la una y el tercero a las nueve de la noche.

— Así es, señor. Yo no puedo hacer otra cosa que obedecer...

— No la culpo de nada, Ehrila. Aunque me parece que, por hoy, Jazira se va a quedar sin desayuno.

— ¿De veras?

La voz, plena de sarcasmos, sonó apenas una frac¬ción de segundo antes que el grito de aviso de Irina. Taylor reconoció aquella voz instantáneamente y, soltan¬do a Ehrila, empezó a girar.

Por muy rápido que fuese, no podía ganar en velo¬cidad a un hombre que ya tenía su pistola de luz sólida en la mano. Antes de que hubiese completado su giro, el arma vomitó un dardo de luz blancoazulada, que alcanzó de lleno a Taylor.

La descarga le pareció una coz y lo hizo saltar vio¬lentamente hacia atrás. Ehrila continuaba todavía a sus espaldas y cayó de bruces, soltando la bandeja, que se estrelló contra el suelo con gran estrépito. Taylor rodó a un lado y quedó inmóvil.

* * *

Despertó sintiendo una fuerte opresión en el pecho que, sin embargo, desapareció con cierta rapidez. Cuan¬do hubo conseguido el foco fijo de su visión, vio que se encontraba en una vasta estancia, con suelo cuadriculado, en grandes rombos blancos y rojo cárdeno. Sen¬tado en un enorme y fantasioso sillón, estaba Hitar, contemplándole con una burlona sonrisa en sus labios morcilludos.

El coronel Dtoow estaba a la derecha del protector, sonriendo no menos irónicamente. Cuatro coraceros ar¬mados permanecían rígidos, inmóviles, a ambos lados de los dos personajes.

Taylor hizo un esfuerzo y consiguió sentarse en el suelo. Maquinalmente, se tocó el pecho v advirtió que había sido despojado de la coraza dorada.

Entonces vio que Irina estaba a su lado, rígida, inmó¬vil, con el rostro tan blanco como la nieve.

— Eres un hombre afortunado, espía —dijo Hitar, rompiendo el silencio que, hasta entonces, había reinado en la estancia.

— Sí, parece que he conseguido salvar el pellejo —convino Taylor, a la vez que se esforzaba para poner¬se en pie—, ¿Vas a dictar sentencia, protector?

— Está dictada ya.

— Muerte.

Hitar hizo un blando ademán.

— Puede ser que sí, puede ser que no... —contestó en tono displicente —. Eres un magnífico luchador, espía. Casi me dan ganas de pedirte que entres a formar parte de mi guardia personal. Tengo muchos enemigos, ¿sabes?

— Lo extraño sería que tuvieses amigos —dijo Taylor, ofensivo—. Pero, en fin, ése es un asunto internó de Barduhl.

Hitar lanzó una atroz carcajada, a la vez que se golpeaba los muslos con ambas manos.

— Tiene gracia, ¿eh? ¿Has oído, coronel? El espía dice que no tengo amigos. ¿Qué me contestas tú, Wilo?

Dtoow se inclinó servilmente, con la mano derecha en el pecho.

— Sólo los resentidos pueden ser tus enemigos, señor — contestó—. Los frustrados, los incapaces, los que no pueden entender tu sabia política, ésos son tus ene¬migos.

— Sí, es cierto, la gente no me entiende —se lamentó Hitar—, Pero yo debo velar por mi pueblo...

— ¿Dónde he oído yo unas palabras parecidas? —dijo Taylor, sardónicamente—. ¡Ah, sí! En la historia de mi planeta hay frases por el estilo, que pronunciaron dece¬nas de hombres que se creyeron salvadores y guías de sus pueblos. En fin, si piensas así, ¿por qué hacerte cambiar de opinión? Sería un trabajo inútil, ¿no te parece?

— Eres un deslenguado —farfulló el protector—. Terrestre, desde luego. Allí no se teme a Dios ni al diablo...

— Cuando se trata de mantener ciertos derechos, no tememos a nadie, en efecto. —Taylor adelantó el torso bruscamente—. Dime, ¿por qué mantienes a Jazira cons¬tantemente drogada?

Hitar frunció el ceño.

— ¿Cómo lo has adivinado? — bramó.

— Probé el jarabe que le administraba Ehrila, tres veces al día.

— Por una prueba gustativa, de una cantidad insig¬nificante, no se puede saber si una sustancia está o no drogada. Sobre todo, cuando es la primera vez que se prueba.

Taylor se encogió de hombros.

— Sé que ese jarabe contiene una droga—dijo ter¬camente. En modo alguno quería dar a entender que, durante un par de segundos, había sido víctima de vio¬lentas alucinaciones.

— Bueno, es lo mismo. De todos modos, a ti no te voy a dar tres raciones diarias del jarabe —rió Hitar. Miró a la chica con ojos coléricos—. Esa estúpida no se fue de mala gana contigo, ¿verdad?

— Estás equivocado. Puede que no me creas, pero me la llevé, creyendo que era Jazira. Me dieron su des¬cripción física: joven, bonito cuerpo, pelirroja, ojos ver¬des..., y aunque conocía su fotografía, en esos momen¬tos no me fijé demasiado en la cara.

— Pero ella te ayudó después.

— Vino conmigo, eso es todo. No pretenderás que sienta simpatía hacia ti, después de haberla traído a tu palacio, para acostarte con ella.

Hitar hizo un gesto despectivo con la mano.

— Bah, ¿quién piensa, ahora, en tonterías semejan¬tes? Lo que sobran en Barduhl son chicas bonitas, con ganas sobradas de venir a calentar mi lecho.

— Y a soportar tus eructos y el mal olor de tu trans¬piración— dijo Taylor, críticamente.

— ¡Basta! —cortó Hitar, furioso—. No quiero seguir oyendo más tonterías, ¿me has comprendido?

— Callaré, si lo ordenas. Pero antes, querría hacerte una pregunta.

— No sé si la contestaré...

— ¿Por qué no quieres ceder a la Tierra la fórmula del kesium? El gobierno terrestre te hizo una oferta muy interesante...

Una extraña sonrisa apareció en los labios de Hitar.

— Tu categoría es excesivamente baja para que te explique los motivos de mi negativa. Sólo se lo diré al presidente de la Tierra..., y eso en el momento en que me convenga, ni un segundo antes. ¿Lo has entendido?

— Perfectamente, señor. Y ahora, supongo, ya sólo me resta colocarme ante el pelotón de ejecución.

— ¿Estás loco? Dije antes que la sentencia había sido pronunciada ya... ¿O no te acuerdas del Desierto Llameante?

Taylor se estremeció ligeramente.

— Hay una posibilidad de atravesar ese desierto, te lo dije también —añadió Hitar—. Pero, sobre todo, esa travesía te resultará más entretenida, porque no esta¬rás solo. Irina irá contigo —finalizó Hitar sus palabras en un tono que no admitía réplica.

CAPITULO VIII

El aeromóvil se posó en el suelo y dos de sus ocu¬pantes fueron lanzados al exterior, sin demasiadas cere¬monias. Irina trastabilló y estuvo a punto de caer, pero Taylor la sujetó por un brazo, mientras en el interior del vehículo sonaban unas fuertes risotadas.

— Si pasáis frío por la noche, podéis pedir una manta.

— Oye, ¿estará bueno el muslo de mujer joven, asa¬do a la ceniza volcánica?

— A mí, los muslos de mujer joven me gustan crudos.

Las bromas atroces se alejaron con el aeromóvil. Tay¬lor y la muchacha quedaron solos, ante aquella espantosa zona, de la que se elevaban vapores producidos por la actividad plutónica del subsuelo.

Ambos sabían que no podían retroceder. El aeromó¬vil, provisto de cámaras de televisión, quedaría a corta distancia, suspendido en el aire. Sus ocupantes tenían orden de disparar a matar, caso de que los condenados intentasen escapar en sentido contrario, hacia lugares donde había abundancia de vegetación y agua fresca.

El suelo, en general, tenía un color oscuro, triste, deprimente. Aquí y allá surgían fumarolas, con un pe¬netrante olor a azufre. Más lejos, se divisaban los peque¬ños conos truncados de diminutos volcanes, de los que, en ocasiones, surgían chorros de materia fundida, lan¬zados en secas y violentas explosiones, que hacían tre¬pidar el suelo con sordo fragor.

El desierto estaba cubierto por un velo de vapores, a través del cual se divisaba el sol como una bola ama¬rilla, de la que, a pesar de la cortina humosa, se desprendían rayos abrasadores. Eran doscientos kilómetros los que debían recorrer a pie, si querían salvar la vida.

— No saldremos vivos de aquí —dijo Irina, desespe¬radamente.

— ¿Aún no hemos empezado y ya te desanimas?

— Aunque lo consiguiéramos, ¿cómo creer en la pala¬bra de un hombre sin honor y sin moral, como Hitar? Después nos haría matar...

— Al menos, conservemos esa esperanza. ¿Vamos?

Echaron a andar. En la aeronave, el piloto utilizó su micrófono:

— Los condenados emprenden la marcha, señor.

— Bien, manténgalos enfocados constantemente desde cien metros de altura. Si notan demasiados inconvenien¬tes, asciendan y usen zoom —ordenó el coronel Dtoow.

— Sí, señor.

— Serán relevados oportunamente. Eso es todo.

Taylor y la chica notaron de inmediato el aumento de temperatura. Irina, de pronto, hizo una pregunta:

— Tucky, Dtoow te disparó con su pistola de luz sóli¬da. ¿Cómo pudiste resistir la descarga, sin otro daño que unos minutos de pérdida de

conocimiento?

— Pues eso es lo que me tiene más intrigado, porque, la verdad, en aquel momento, me creí morir y ya ves, estoy vivo. El arma no falló y, sin embargo, salí ade¬lante sin más que una conmoción. Francamente, no lo entiendo —declaró Taylor, preocupadamente.

De pronto, alzó la vista un instante hacia aquella esfera de fuego que ardía con furia infinita en las al¬turas.

— Será mejor que ahorremos palabras —añadió—. No tenemos agua y el hablar gasta saliva.

Irina se estremeció. Casi sintió frío al pensar en las horribles jornadas que les aguardaban.

¿Lograrían sobrevivir?

Sobre sus cabezas, el aeromóvil ejercía una vigilan¬cia implacable.

Un par de horas más tarde, Taylor se detuvo al pie de una enorme roca basáltica, que proyectaba su sombra al suelo. En aquel lugar se estaba algo mejor. La tem¬peratura apenas si descendía, pero, al menos, evitaban el azote de los rayos solares.

La piel de los dos jóvenes estaba completamente seca. Taylor se sentó unos momentos, lo mismo que Irina. Ella cerró los ojos. Taylor miró a su alrededor.

De pronto, vio algo que llamó su atención. Levantán¬dose, caminó hacia aquella formación rocosa de aspecto peculiar. Rozó la piedra un poco, con las yemas de los dedos, y sonrió satisfecho.

Inmediatamente, empezó a trabajar. Irina se había dormido; ni siquiera se dio cuenta de lo que hacía Taylor sólo con sus manos desnudas y un fragmento de duro basalto, aguzado convenientemente.

Un par de horas más tarde, Irina sintió que la sacu¬dían por los hombros.

— Despierta.

Abrió los ojos. Taylor le entregó un curioso arte¬facto.

— Pruébatelo —dijo.

Ella, asombrada, obedeció, colocándose sobre la ca¬beza el trozo de roca cóncavo, más en la parte interior que en la exterior. Atónita, se dio cuenta de lo liviano e su peso. Taylor llevaba puesto sobre la cabeza un sombrero análogo, muy amplio, de casi un metro de circunferencia.

El espía sonrió.

— Primero me hice el mío, acomodando el hueco interior al contorno de mi cabeza. Luego, claro, hice el tuyo, algo más pequeño. Por si no lo sabes, te diré que es piedra pómez. Pumita, es el nombre científico, y si deseas más explicaciones...

— Basta, sé de sobra lo que es la piedra pómez. Oye, ¿dónde has aprendido tantas cosas?

— La necesidad estimula siempre la imaginación — contestó él.

Irina se miró los pies.

— Este calzado no durará más allá de veinticuatro horas —dijo—. ¿Qué haremos después?

— Botas de piedra pómez—repuso Taylor resuelta¬mente—. Por supuesto, antes de que se nos desinte¬gren las botas que llevamos, para evitar el roce de la piel contra la piedra pómez.

— Te has olvidado de una cosa: agua.

Taylor volvió a sonreír.

— Creo que habremos resuelto el problema antes de veinticuatro horas también. En cuanto a la comida..., bien, habrá que apretarse el cinturón. Anda, vamos ya.

En el aparato de observación, el piloto emitió un informe:

— Reanudan la marcha. Ahora llevan unos sombre¬ros muy anchos, fabricados con roca.

Hitar escuchaba la transmisión, dirigida directamente a su despacho.

— ¿Roca? Se les arrugará el cuello...

— El espía estuvo trabajando más de dos horas, señor. Parece una roca muy blanda y ligera.

— Piedra pómez —susurró Dtoow, al oído del pro¬tector.

Hitar se echó a reír.

— ¡Qué hombre! —exclamó—. ¡Cómo me gustaría tenerlo en mi guardia! Pero sé que es íntegro y no cederá, aunque le prometa todo el oro de Barduhl.

— En todo caso, resultaría peligroso, señor —dijo Dtoow.

— Si, muy peligroso. No sé por qué, pero debía haber ordenado que lo matasen en el acto. Presiento que lograra hacer algo que nadie ha conseguido hasta el día de hoy: atravesar sano y salvo el Desierto Llameante.

Hitar se acarició el mentón pensativamente. ¿Debía cumplir su palabra, si Taylor lograba rematar con éxito una proeza que nadie había realizado hasta aquel momento?

Lo decidiría cuando llegase el momento oportuno.

* * *

Las manos de Taylor se movían, veloz y rítmicamente. Tendida a la sombra de una roca, Irina dormitaba agitadamente. Sus labios aparecían ya resecos y agrietados.

Taylor también tenía sed, pero confiaba en calmarla antes de que terminase la segunda jornada. Los sombreros de piedra pómez, en realidad, sombrillas sujetas directamente en sus cabezas, les habían evitado los horrores del sol. Pero, a pesar de todo, la temperatura era abrasadora. En ocasiones, resultaba incluso difícil respirar.

Seguían su camino en línea recta, salvo cuando se encontraban con algún cono volcánico, que evitaban me¬diante un rodeo. El sol servía de

punto de referencia y orientación para marcar la ruta que les llevaría al otro lado de aquella región infernal.

Las botas, pese a los temores, habían resistido mucho mejor de lo que calculaban. Taylor confiaba en que la suela aguantaría otra jornada más. Por ello estaba dedi¬cado a un trabajo en apariencia secundario, sin objeto visible. Era preciso si quería sobrevivir.

Al atardecer, reanudaron la marcha. Taylor había decidido que caminarían hasta la media noche, orientados por la luz lunar. Después, descansarían hasta el amane¬cer. Luego volverían a caminar hasta bien entrada la mañana. Pero no podrían llegar a la noche siguiente, si no conseguían reponer el líquido que habían perdido ya sus cuerpos.

A las diez de la mañana siguiente, Taylor oyó un fuerte silbido a mil metros de distancia. Una columna de vapor se elevó a gran altura. Los ojos del espía bri¬llaron de satisfacción.

— ¡Vamos, Irina, estamos salvados! —exclamó.

La chica apenas veía ya, aunque percibió el fuerte silbido.

— ¿Qué es eso? —preguntó.

— Agua.

Irina se tambaleó.

— Es agua hirviente..., tóxica...

Taylor hizo un esfuerzo por reír.

—Agua hirviente, que puede enfriarse lo suficiente, para poder bebería. Y, que yo sepa, los manantiales sul¬furosos sólo han tenido de malo el olor. Puede que el sabor no resulte nada agradable, pero te garantizo que no nos envenenará. Además, las sales minerales que con¬tiene en disolución el agua de ese geyser servirán para reponer las que ha perdido nuestro organismo. Vamos, Vamos...

Taylor tuvo que sostener casi en vilo a la muchacha. Irina, agotada, apenas si tenía fuerzas para mantenerse en pie por sí sola. Cuando llegó a las inmediaciones del manantial intermitente, se desplomó al suelo, al pie de una piedra que le daba sombra. Le dolían los costados y apenas tenía fuerzas para respirar. Atónita, observó que Taylor parecía incansable. «Es un hombre indes¬tructible», pensó, mientras le veía poner manos a la obra.

El agua que brotaba del geyser, a casi cien grados, corría un poco por la ladera del cono en que se hallaba aquella fuente natural, antes de ser absorbida por la tierra reseca, a menos de treinta pasos de distancia. Tay¬lor agarró una roca con ambas manos y empezó a trazar un reguero en el suelo, hasta un hoyo que había en la base de la piedra.

Minutos después, el geyser lanzó a setenta metros de altura un enorme chorro de agua y vapor. El líquido corrió tumultuosamente por el reguero, se llenó el hoyo y rebalsó, para perderse a cincuenta metros. Pero el hoyo contenía ahora unos cuarenta litros de agua humeante, con un fuerte olor a sulfídrico.

Además, Taylor llenó de líquido, cuidando de no que¬marse, el cuenco

que había fabricado con un pequeño bloque de pumita. La porosidad de la piedra pómez podía hacerle perder buena parte de su contenido líqui¬do, aunque esperaba que quedase lo suficiente para pasar sin dificultades veinticuatro horas más. En aquella zona eminentemente volcánica, no podían faltar las fuentes sulfurosas.

Inmediatamente, fue al punto más alto posible y bloqueó el regato que había practicado, a fin de evitar que fluyera más agua caliente. Luego se sentó al lado de la muchacha.

— Y ahora, a esperar —dijo con ancha sonrisa.

El cuenco quedó en un lugar relativamente despe¬jado, aunque a la sombra. Irina se lamía los labios, con la vista fija en el agua todavía humeante. La sed que sentía le hacía desechar toda aprensión. De cuando en cuando, impaciente, metía un dedo en el agua. Taylor apretó su brazo.

— Calma, es cuestión de unos minutos todavía... —dijo—, Y luego aún beberás agua más fresca.

Media hora más tarde, Irina no lo pudo resistir y se tendió de bruces en el suelo.

— Aunque esté como sopa...

Bebió un largo trago. El sabor no tenía nada de agradable y el líquido estaba templado, casi caliente todavía, pero corrió por sus fauces como la mejor bebi¬da que podía soñar en aquellos momentos. La sensación de sed empezó a alejarse de su organismo.

El geyser seguía lanzando chorros de vapor y agua periódicamente. Los cálculos de Taylor indicaban que las erupciones líquidas se producían cada diecinueve minutos v algunos segundos. Arriba, el observador del aeromóvil informó al palacio del protector.

— Están bebiendo agua —dijo.

— ¿Cómo...? —tronó Hitar—. La de los manantiales sale hirviendo...

— Han hecho un hoyo y lo han llenado, esperando luego a que se enfriase lo suficiente para bebería sin quemarse.

— Un hombre de recursos, evidentemente, señor —co¬mentó Dtoow.

— Sí —convino Hitar—. Pero todavía les quedan, a juzgar por la distancia recorrida, cinco jornadas más. Y no tienen encima un solo gramo de comida. Las fuer¬zas les fallarán y caerán agotados.

— Parece que se disponen a pasar la noche en ese mismo lugar, señor —dijo el observador.

— Muy bien —contestó Dtoow—. Sigue ahí hasta el relevo.

— Sí, señor.

CAPITULO IX

Pasada la medianoche, Taylor despertó a la mucha¬cha, que había caído en un profundo sueño.

— No te muevas —susurró, a la vez que ponía una mano sobre su boca, para evitar que hiciera un gesto comprometedor—. La luz es muy escasa y vamos a apro¬vechar para reemprender el camino. Toma, bebe.

Acercó el cuenco a los labios de Irina y ella notó la relativa y sorprendente frescura del agua. Taylor sonrió al darse cuenta de su asombro.

— La porosidad de la piedra pómez facilita la evapo¬ración..., y la evaporación no se hace, nunca, sin pér¬dida de calor — explicó—. Anda, hínchate lo más que puedas; todavía te guardo otra sorpresa.

Ella bebió hasta notar que el estómago rechazaba más cantidad de líquido. Luego vio que Taylor le entre¬gaba algo parecido a una pastilla de chocolate.

— Glucosa —dijo—. La he guardado hasta que no me ha sido posible dejar pasar más tiempo.

— Eres... No encuentro palabras para describirte. ¿De dónde sacaste la glucosa?

Taylor se dio unos golpecitos en el cinturón.

— No se les ocurrió examinarlo —repuso—. Vieron solamente que no llevaba armas y eso les pareció sufi¬ciente.

Irina notó casi en el acto la recuperación física pro¬ducida por la glucosa.

— Entonces, presentías...

— Sencillamente, me preparé para la eventualidad de ser capturado —respondió él—. No se pueden dejar cabos sueltos en esta profesión. O eres hombre muerto.

— Por lo visto, te gusta el oficio de espía.

— Está bien pagado.

— ¡Ah!, lo haces por dinero...

— ¿Quién, en este mundo, trabaja por amor al arte?

— Y, además, cínico.

— Sí —rió él.

Bebió del cántaro hasta saciarse y luego lo llenó de agua nuevamente.

— ¿Lista?

— Desde luego.

Caminaron sin descanso hasta que el sol, de color rojo oscuro en aquellos parajes, volvió a hacerse visible. Irina pensó que su compañero parecía infatigable; en ningún momento daba sensación de sentirse cansado. Pero todavía estaban a la mitad del recorrido.

Cuando hicieron el primer alto, el contenido del cán¬taro se había reducido a la mitad. Apenas si quedaban tres litros de agua.

— Y no se ve ningún manantial — suspiró ella.

— Podemos aguantar bien otras veinticuatro horas.

— Mis zapatos no resistirán...

Taylor estudió unos momentos los pies de la mucha¬cha. Luego empezó a buscar por los alrededores.

Al atardecer, Irina tenía unos zuecos improvisados que, si bien dificultaban un tanto su marcha, impedían, en cambio, que sus pies prácticamente descalzos toca¬ran el suelo casi quemante. Taylor tuvo que hacerse unos a la mañana siguiente.

En el quinto día de la infernal travesía, cuando esta¬ban ya a punto de darse por perdidos, en una zona en donde abundaban las bocas de fuego volcánicas, halla¬ron otro manantial de aguas sulfurosas, en donde Tay¬lor realizó las mismas operaciones que el anterior.

— Todavía resisten, señor —informó el observador.

Hitar lanzó una maldición.

— Pero ¿de dónde diablos sacan las fuerzas? Puedo admitir que Taylor sobreviva; es un hombre excepcionalmente robusto y, además, entrenado para toda clase de contratiempos. Ella, sin embargo, es una chica co¬rriente...

— Llevan zapatos de roca, señor.

— ¡De roca! —bufó el protector.

— Piedra pómez, señor — claro Dtoow, que había visto claramente las figuras de los condenados a través de un monitor de televisión, al que el zoom de la emi¬sora volante había proporcionado un gran aumento de las imágenes.

— Ese hombre tiene recursos para todo —dijo Hi¬tar—. Sería capaz de quitarme el asiento de debajo de mi culo, sin que yo me enterase hasta estar sentado en el suelo.

— Por eso opino que deberíamos matarlo...

— ¡No! Esa es una decisión que tomaré yo personal¬mente. Quiero ver hasta dónde llega la capacidad de aguante de la pareja.

Irina y Taylor estaban claramente al borde del ago¬tamiento. El hallazgo del manantial les había devuelto parte de las fuerzas perdidas, pero era evidente que no podían durar mucho más sin comer algo.

Al atardecer, Taylor se dirigió hacia una roca picuda, que se alzaba a unos veinticinco metros sobre la llanu¬ra y, desde la cima, oteó el horizonte. A través de la bruma causada por los vapores y el humo volcánicos, creyó divisar una línea oscura en el horizonte.

Regresó junto a la muchacha y cogió sus manos, a la vez que la miraba profundamente.

— Creo que mañana podremos beber agua con mejor gusto — sonrió.

— Me dan ganas de echarme a llorar...

— Sería un consumo innecesario de líquido —dijo él—. Anda, descansa; hemos de cubrir la última etapa, de un tirón.

Irina cerró los ojos, sintiéndose infinitamente con¬fortada. Pero luego, una especie de campana de alarma resonó en su mente con fuertes tañidos.

¿Qué haría Hitar con ellos, una vez hubiesen atrave¬sado el Desierto Llameante?

El sueño, piadoso, acudió a la llamada de su cuerpo fatigado y alejó de su cerebro imágenes torturantes.

Corrían como beodos, las manos juntas, tambaleán¬dose sobre el suelo cubierto de fresca hierba, bajo la sombra de los árboles copudos. Parecía increíble que pudiera existir un paraje tan ameno a sólo media docena de kilómetros de aquella infernal llanura.

De pronto, vieron una corriente de agua. Irina sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

— Salvados.. —dijo, con voz enronquecida por la se¬quedad de sus fauces.

Sin la menor precaución, se lanzó al río. El líquido, frío, murmurante, envolvió su cuerpo en una caricia con¬fortadora. Rió y bebió, mientras lanzaba chorros de agua al aire, con las manos. De cuando en cuando, sumergía la cabeza por completo y, aun debajo del agua, volvía a beber con avidez.

A su lado, Taylor, asimismo vestido, se refrescaba con más parsimonia. De pronto, empezó a nadar hacia el centro del río.

— ¿Adónde vas? —gritó Irina, un tanto alarmada.

Taylor no pareció escucharla. Súbitamente, se zam¬bulló bajo la superficie líquida. Irina contuvo el aliento. Taylor estuvo sumergido durante un largo minuto.

De pronto, emergió llevando en la mano derecha un pez que coleteaba desesperadamente. Nadó con una sola mano y el pez voló por los aires hasta la orilla.

— ¡Están comiendo pescado crudo! —informó el ob¬servador.

Hitar sintió náuseas.

— Pescado crudo...

— No tienen para encender fuego, señor —dijo Dtoow con la vista fija en la pantalla, en donde se veía a Tay¬lor e Irina devorando el pez, apenas limpio de sus vísceras, todavía sangrante.

— Bueno, es que, cuando hay hambre... ¡Por los Cien Mil Soles! —barbotó el protector—. Ese condenado espía es indestructible. Que yo sepa, es el primero que cruza el Desierto Llameante a pie.

— Por lo tanto, ha sobrevivido. Y creo que se debería eliminar ese peligro, señor.

Hitar contempló la pantalla con aire meditabundo.

— Los árboles impedirán un aterrizaje rápido de la nave observadora —dijo—. Si se pierde el factor sor¬presa, los atacantes pueden ser derrotados.

— Entonces...

— Por la noche, cuando estén dormidos. Ahora per¬manecerán ahí algunos días. Seguramente, aguardarán a que vayamos a buscarlos, puesto que se saben obser¬vados. Es un buen sitio para acampar y no se moverán de la

orilla del río en donde, además, pueden encon¬trar comida.

— ¿Alguna observación especial para la ejecución, señor? —consultó Dtoow.

— Rapidez y discreción, eso es todo. Hombres de toda confianza...

— Si me lo permite, iré yo en persona, acompañado de mi ayudante, el capitán Oronz. Podemos llegar en el aparato que debe sustituir al de observación, haciéndo¬nos pasar por el relevo. Puesto que no han de volver hasta dentro de seis turnos, no sospecharán nada cuan¬do se les informe que la observación ha sido aban¬donada.

— ¡Buena idea, coronel! —elogió Hitar—. ¡Ah! Soy una persona muy compasiva. No les hagas sufrir.

— No se enterarán siquiera, señor —contestó Dtoow, a la vez que se inclinaba profundamente.

* * *

A media tarde, Taylor pescó otro pez, ahora con la ayuda de una rama larga y recta, que había aguzado con una piedra. El pez era aún mayor que el anterior y la chica se sintió un tanto aprensiva, ahora saciado, en parte, el apetito, ante la idea de comer nuevamente la carne cruda del pez.

—No temas —sonrió él—. Echarás de menos la sal, pero comerás carne exquisitamente asada.

— ¡Cómo! Si no tenemos con qué encender fuego...

Taylor sonrió sibilinamente. Diez minutos más tarde, Irina, asombrada, le veía encender fuego mediante la fric¬ción de dos palos secos.

— ¡Como los náufragos de las historias! —exclamó admirada.

— ¡Ah! Te gusta la literatura terrestre.

— He leído algunas cuantas obras. En Barduhl no hay lo que se dice grandes escritores.

— Es un mundo que ha salido de la barbarie a la civilización, en pocos siglos. En la Tierra dispusimos de millares de años.

Las llamas de la hoguera ardían alegremente poco más tarde. Esta vez, el pescado fue consumido hasta que las espinas quedaron completamente limpias. Para entonces, el sol estaba ya a punto de ocultarse en el horizonte.

— Bueno —dijo Taylor, mientras se hurgaba los dien¬tes con una espina—, y ahora, ha llegado el momento de bañarnos desnudos.

Irina se quedó boquiabierta, incapaz de creer en aquellas frases.

— Te has vuelto loco —resopló.

— Nada de eso —contestó él—. Debemos bañarnos desnudos y, además, haciéndolo de modo que nos vean los observadores.

— Pero..., aquí..., eso no es corriente... Ya sé que las costumbres de la Tierra son mucho más liberales...

Taylor se puso en pie y soltó el cinturón, que cayó al suelo. Entonces,

Irina reparó en algo que llamó su atención, una especie de cartuchera interior, de unas dimensiones que le recordaban algo que había comido días antes.

— No tenías más que una pastilla de glucosa — ex¬clamó.

— La verdad, no se me ocurrió pensar que ese ber¬gante de Hitar me proporcionase un acompañante.

De pronto, Irina se echó a llorar y se colgó del cuello de Taylor.

— ¡Oh, Tucky...! Te sacrificaste por mí... Pasaste sin una gota de alimento todos estos días,..

— No lo creas —contestó él—. Recuerda mi denta¬dura.

— ¿Cómo? —Sin romper el abrazo, ella le miró sor¬prendida.

— Claro. En el hueco de una muela tenía el hipnó¬tico que te di la primera vez..., en otra, tenía un con¬centrado de pollo; concentrado de pan en la siguiente; en otra, concentrado de verduras con gelatina...

— Tucky, no te creo en absoluto. Pero tú sí tienes que creer en lo que voy a decirte.

— Estoy dispuesto, preciosa.

— Pase lo que pase, y aunque sólo vivamos un día más, no olvidaré que he podido llegar hasta aquí, gra¬cias a ti.

— Eso me gusta mucho, Irina. Y ahora, si quieres agradecerme, de verdad, lo que he hecho por ti, em¬pieza a desnudarte.

Ella se puso tensa inmediatamente.

Estudió el rostro de Taylor. Aparecía grave, serio, sin la menor sombra de broma.

— Está bien — dijo. Se separó un par de pasos y empezó a desabrochar la blusa que cubría su torso.

— ¡Está desnudándose...!—informó el observador, asombrado.

— ¡Qué desvergüenza! —se escandalizó Hitar—. A ver, coronel, pide que enfoquen bien la cámara.

Las figuras de Taylor y la chica, desnudos por com¬pleto, aparecieron en la pantalla. Luego, con las manos juntas, echaron a correr hasta el río.

— Está demasiado delgada —dijo Hitar, despectiva¬mente.

— Son casi siete días sin comer, señor —le recordó el coronel—. Han tenido que perder muchos kilos...

— No les dejaremos que los recobren. Anda, ya se está haciendo de noche. Cuando salgan del río, si no soy mal profeta, empezarán con juegos amorosos. Eso les hará dormir más profundamente..., y podrás acercarte a ellos con toda seguridad.

Dtoow se inclinó profundamente.

— Esta misma noche, habremos suprimido ese es¬torbo tan molesto, señor — aseguró.

Hitar tomó un par de granos del racimo de uvas que había en un frutero al alcance de su mano

— Luego tendremos que comunicar al embajador de la Tierra la muerte, en accidente, de tres turistas de su planeta —sonrió.

CAPITULO X

La aeronave tomó tierra silenciosamente, a cien me¬tros escasos del lugar donde Irina y Taylor dormían profundamente, sobre el suelo herboso. El relevo se había efectuado sin inconvenientes y el otro aeromóvil había emprendido, de inmediato, el regreso a su cuartel.

Dtoow saltó al suelo, seguido de su ayudante.

— Capitán, recuerda que la discreción es el método más seguro para conseguir grados superiores, además de la estima personal del protector — dijo un tanto enfá¬ticamente, aunque, por prudencia, en voz muy baja.

— Puedes estar seguro de mi silencio de por vida, señor — contestó Oronz en el mismo tono.

— Muy bien, entonces, no perdamos más tiempo. ¿Tie¬nes a punto tu pistola?

— Sí, señor.

— Haremos fuego al mismo tiempo. Yo te señalaré el blanco.

Oronz asintió. Inmediatamente, los dos hombres em¬prendieron la marcha, deteniéndose de cuando en cuan¬do a escuchar. Una vez, Dtoow sonrió burlonamente.

— Están tan dormidos, que ni siquiera se les oye el resuello — comentó.

Avanzaron unos pasos más. De pronto, divisaron a la pareja dormida, al pie de un árbol. Eran dos bultos oscu¬ros, que resaltaban muy poco del suelo aparentemente negro, debido a la oscuridad de la noche.

Dtoow sacó su pistola muy lentamente. Con la mano izquierda, señaló el bulto más pequeño. Oronz asintió y apuntó con todo cuidado.

— ¡Ahora! —exclamó súbitamente.

Dos rayos de luz blanquísima disiparon momentánea¬mente las tinieblas. Las descargas alcanzaron exacta¬mente los blancos deseados.

— Listos —dijo Dtoow, con infernal sonrisa.

Pero un segundo después, lanzó una exclamación de furia:

— ¡Qué diablos...!

Los cuerpos yacentes en el suelo ardían de una for¬ma muy peculiar. Eran llamas que no podían surgir, en modo alguno, de un organismo humano.

Tardíamente, Dtoow se dio cuenta del engaño de que había sido objeto.

— ¡Es una trampa, capitán! — aulló.

En el mismo instante, dos pies cruzaron el aire con tremenda velocidad y golpearon la base del cuello de Oronz. Chasquearon unas vértebras y el ayudante se desplomó al suelo, muerto fulminantemente.

Taylor había empleado una rama de árbol para des¬colgarse, oscilando como un péndulo. Tras derribar a Oronz, puso los pies en el suelo, en el momento en que Dtoow empezaba a revolverse, y saltó hacia arriba. El pie derecho alcanzó el tórax del coronel y lo derribó al suelo, con los pulmones

completamente vacíos de aire.

Taylor se inclinó, recogió las dos pistolas y las arro¬jó a lo lejos. Dtoow, sobre la hierba, trataba de reaccio¬nar, pero el golpe le había dejado tan indefenso como a un niño.

Furioso, pero impotente, oyó la risa burlona del espía. Taylor, completamente desnudo, le miraba desde un par de metros de distancia.

— Me imaginé que podía suceder algo parecido —ex¬plicó—. Es una trampa muy vieja ya en la Tierra v, francamente, no creí que diera resultado. Pero por lo visto, aquí no están acostumbrados a ciertos juegos.

Dtoow boqueaba agónicamente, en busca de aire para sus pulmones exhaustos. El pecho le dolía horriblemen¬te. Quizá tenía alguna costilla rota, pensó.

De pronto, vio que Taylor se inclinaba sobre él y le obligaba a ponerse en pie. A continuación, le hizo girar, de modo que el espía quedaba a sus espaldas.

Entonces, sintió en su cuello la presión de cuatro dedos.

— Voy a dejarte inutilizado durante unas cuantas horas — anunció Taylor—. Puedes seguir vivo, pero eso depende de ti, ¿me entiendes?

—No..., no tengo fuerzas...

— Lo sé, pero puedes hablar. Dime, ¿dónde está Jazira?

— Tú hablaste con Ehrila...

— ¿Me tomas por tonto? Vosotros no lo sois, de modo que me imagino que habréis cambiado de alo¬jamiento a la hija del profesor D'Aussy. Dime la ver¬dad, coronel, o tendrás que lamentarlo.

— Soy sincero...

Las yemas de cuatro dedos, dos índices y dos pulga¬res, presionaron determinados centros nerviosos del cue¬llo de Dtoow. El prisionero se sintió envuelto en una oleada de dolor insoportable.

— Si no me lo dices, te mataré —amenazó Taylor.

— Basta... No lo puedo soportar... Suéltame, te lo ruego...

— Habla —exigió el joven secamente.

— ¡En... la residencia de verano del protector... Está en el centro del lago Shyrian...

— Por tu bien, espero que hayas dicho la verdad. Te respetaré la vida, porque tengo más palabra que tú y tu envilecido amo..., pero si me has engañado, cuenta con que no me marcharé de Barduhl sin antes haberte des¬trozado con mis propias manos — dijo Taylor.

Y, acto seguido, varió ligeramente de posición los dedos, hizo un poco de presión y Dtoow se desplomó, redondo, al suelo.

Entonces, Taylor se volvió y llamó:

— ¡Irina! Ya puedes salir.

La chica llegó segundos más tarde. Taylor se había quedado en el árbol bajo el cual había puesto sus ropas, rellenas con parte de paja seca y parte de hierba, de modo que simularan dos personas durmiendo a pierna suelta, pero

Irina se había situado prudentemente a cin¬cuenta metros de distancia, en un lugar donde no podía ser vista. Al llegar junto al joven, divisó los cuerpos que yacían inmóviles en el suelo y se estremeció.

— ¿Están...? —dijo, temerosamente.

— Uno de ellos, sí; le partí el cuello —contestó Tay¬lor fríamente—. Pero no lo lamentes; ellos habían ve¬nido a asesinarnos.

— Dtoow sigue vivo.

— Sí. Debería matarlo..., pero no puedo hacerlo a sangre fría. No soy un asesino, como él.

— Nuestras ropas han ardido...

Taylor se echó a reír.

— La tienda está abierta, señora —dijo cortésmente, a la vez que se inclinaba sobre el inconsciente Dtoow.

Minutos más tarde, se habían puesto los ropajes de los dos sujetos, de tejido elástico, amoldable a cualquier figura humana. Taylor agarró las dos pistolas y empujó a la muchacha hacia el aeromóvil.

— ¿Sabes dónde está el lago Shyrian? — preguntó.

— Sí —contestó ella, sorprendida—. ¿Por qué lo dices?

— Jazira está allí.

— ¿Te lo ha dicho Dtoow?

— No de muy buena gana, claro, pero lo ha con¬fesado.

— No comprendo cómo se te ocurrió la idea de pre¬guntárselo—dijo la chica.

— Irina, éste es un juego de astucia, y también de muerte. Yo trato de prevenir todas las posibilidades, lo mismo que el protector. Quizá ha calculado que puedo escapar..., o tal vez teme una incómoda petición de informes por parte del embajador terrestre. En todo caso, siempre podría decir que Jazira ya no está en su residencia.

— Es posible —admitió ella—. Sin embargo, hay una cosa absolutamente segura, Tucky.

— ¿De qué se trata?

— No llegaremos, nunca, a la residencia veraniega del protector.

— ¿Por qué, si se puede saber?

— Está en una isla, en el centro del lago. La dis¬tancia mínima a la orilla es de veinte kilómetros. Hay un cordón de cañones de luz sólida, cuyos sirvientes tie¬nen orden de disparar contra todo el que rebase los límites del lago y no pronuncie la contraseña acordada para cada día7

— ¡Caramba, qué contrariedad! —exclamó Taylor—. Va a resultar muy difícil la aproximación a ese palacete lacustre.

— Imposible, Tucky.

Taylor empujó a la muchacha hacia el aeromóvil,

— Este es un juego de astucia, muchacha —dijo, confianzudamente—. Y no soy yo el que va a perder la partida, créeme. Por cierto, ¿sabes pilotar estos cacharros?

— Claro—replicó ella, un tanto ofendida—. ¿Por qué lo dices?

Taylor estudió unos momentos el tablero de instru¬mentos.

— Despega, vuela a ras de suelo y gobierna a 265º. ¿Entendido?

— Sí, señor —dijo Irina, en tono humorístico.

* * *

Taylor terminó de roer el hueso de la pierna de cor¬dero, conservada en perfecto estado en el congelador de su bote auxiliar, bebió un largo trago de cerveza y se reclinó en su asiento, frotándose agradecidamente el estómago.

— Ya sólo me falta el café, una copa de coñac y un buen habano —dijo.

— Tabaco. —Irina arrugó la nariz—. ¿Tú fumas?

— En las ocasiones solemnes, claro. Pero aunque ésta podría ser considerada como una ocasión solemne, no puedo perder tiempo en recrearme de esa manera. ¿Has quedado satisfecha?

Irina suspiró largamente.

— Creí que no volvería nunca a hacer una comida como Dios manda —respondió.

— Esa es una frase típicamente terrestre, tú.

— Bueno, gran parte de los actuales barduhlianos descienden de terrestres. En realidad, la civilización actual es una mezcla de las dos culturas...

— Si, con lo peorcito de ambas como resultado —gruñó Taylor—. Está bien, con filosofías no resolvere¬mos la situación. Voy a empezar el trabajo.

— ¿Cuál es tu plan? —inquirió la muchacha.

— No tardarás en saberlo.

Taylor buscó una caja con herramientas y puso manos a la tarea de inmediato. Al caer el sol, hizo unas cuantas pruebas en un reducido espacio de terreno y movió la cabeza aprobatoriamente.

— Funcionará — dijo—. ¿Qué te parece, Irina?

La muchacha se sentía pasmada.

—A mí no se me hubiera ocurrido en los días de mi vida —confesó—. Pero si el aeromóvil va a volar vacío, ¿cómo llegaremos nosotros a Shyrian?

— ¿Te has olvidado ya de nuestra experiencia en los pantanos?

— ¡Oh, es cierto...! Pero cuando lleguemos a la resi¬dencia de verano, podemos encontrarnos con la sorpresa de que Jazira ya no está allí. Han pasado casi veinti¬cuatro horas desde que atacaste a Dtoow. Ha tenido tiempo más que suficiente para desatarse y dar la alarma...

— Irina. te he dicho en más de una ocasión que esta¬mos empeñados en una partida, con jugadas que se ganan o se pierden, según se adivine cuál ha de ser el próximo movimiento del adversario. Si tú no me hubieras hablado de las defensas antiaéreas de Shyrian, yo habría volado allí de inmediato y a

estas horas me habrían asado con sus cañones de luz sólida. Pero aún no he ido, lo que, para Dtoow, significa que pienso ir. Por lo tanto, me espera allí..., y puesto que sabe que seré derri¬bado, no se molestará en cambiar a Jazira de aloja¬miento. ¿Está claro?

— Si todo sale como dices, estará clarísimo —son¬rió ella.

Taylor la empujó hacia el bote auxiliar.

— Anda, vamos ya —dijo de buen humor.

La luz de la luna barduhliana iluminaba con fantás¬ticos resplandores aquel pequeño mar interior, que pare¬cía de plata al reflejar los rayos que llegaban del firma¬mento. Hacia el oeste, una anchurosa cascada se des¬plomaba con distante fragor, desde un cuarto de kiló¬metro de altura, constituyendo un espectáculo de ini¬gualable belleza, que dejó por unos momentos sin res¬piración a Taylor.

Pero el espía no había ido allí para admirar la gran¬diosidad del panorama. Su nave se hallaba a pocos me¬tros de la orilla, sumergida a ras de agua, asomando úni¬camente una pequeña antena, junto con el tubo de un periscopio que enviaba sus imágenes, convenientemente agrandadas, a una de las pantallas del cuadro de mandos.

A cien metros más arriba, el aeromóvil que había pertenecido al coronel Dtoow, volaba hacia la isla del centro del lago, guiado por el mecanismo de control remoto que Taylor había instalado durante el día, en el escondite del bote auxiliar. Irina, a su lado, contem¬plaba, con no menos avidez, cuanto aparecía en la pan¬talla.

De súbito, se vieron emerger un par de rayos de luz blanca de la isla situada a veinte kilómetros. La dura¬ción de aquellas descargas no era superior a la centé¬sima de segundo y erraron su blanco por pocos metros.

Taylor hizo que la nave oscilase en todos los senti¬dos, como si su piloto intentase una maniobra de eva¬sión. Pero los artilleros de la isla habían centrado ya su puntería.

Una brillante explosión se produjo a tres kilómetros de la orilla. Primero se vio un fogonazo, del que par¬tían rayos de todos los colores del arco iris, junto con una colosal lluvia de chispas incandescentes, proceden¬tes del metal fundido parcialmente por las descargas de luz sólida. Luego, los restos de la nave se desploma¬ron hacia el lago, en el que se hundieron, después de levantar un volcán de espumas.

—Bien —dijo Taylor—, la cosa ha salido tal como esperábamos. Ahora nos toca a nosotros. ¿Estás dis¬puesta, Irina?

Ella inspiró profundamente.

— Sí, Tucky.

La antena de control de guía por radio, ya inútil, se replegó en el casco de la nave, lo mismo que el peris¬copio. Luego, lentamente, el aparato empezó a separarse de la orilla. A medida que avanzaba, ganaba, también, en profundidad.

* * *

La sonda de eco indicó la proximidad de la costa de la isla central. Taylor detuvo casi por completo la mar¬cha de la nave y la hizo emerger a ras de superficie. Luego, muy despacio, sacó el periscopio.

— ¡Perfecto!—dijo—. Estamos a menos de cien metros de la isla.

— Tucky, este cacharro es un bote auxiliar de sal¬vamento de tu astronave, pero empiezo a sospechar que no es un aparato demasiado corriente —dijo la chica.

Taylor se echó a reír.

— Fue diseñado y construido especialmente para la ocasión — respondió alegremente

— Y todo por el kesium.

— Sí.

— La Tierra sabe gastarse el dinero, ¿eh?

— Ya puedes verlo, preciosa.

— Y a ti te gusta ganarlo.

— Cinco millones, cuando vuelva. Ya los tengo en un Banco gastaré un millón. Cuatro quedarán para darme una renta anual de cuatrocientas ochenta mil anuales. Pagaré un cuarenta y dos por ciento de impuestos, lo que me dejará unos ingresos mensuales líquidos de veintiún mil quinientos once créditos. Suficiente para vivir sin dar golpe.

— No piensas trabajar más.

— Bueno, quizá me dedique a la pintura. Me gusta mucho, y hay quien dice que tengo buena mano para los pinceles.

— Una vida regalada, ¿eh?

— Irina, ponte una mano en el pecho y dime a quién no le gusta una vida regalada.

— Dos de tus compañeros murieron —dijo ella, ce¬ñuda.

— Aceptaron los riesgos, lo mismo que yo. De todos modos, en conversación privada con mi jefe, objeté su compañía. Le dije que no me parecían aptos para la misión, pero él insistió y tuve que obedecer.

— Están muertos —insistió Irina.

— Sus familias recibirán, también, cinco millones. Aunque, en cierto modo mercenarios, éramos como sol¬dados que iban a una guerra. Podíamos morir..., toda¬vía sigo corriendo ese riesgo, pero si esta misión va a proporcionar un inmenso beneficio a la Tierra, es ló¬gico que yo también saque mi tajada del asunto, ¿no te parece? Y si te parece mal, lo mismo me da, porque, de todas formas, pienso seguir adelante hasta el final —concluyó Taylor, un tanto malhumorado por las conti¬nuas objeciones de la muchacha.

Irina vaciló un momento. Bien mirado, se dijo, los argumentos de Taylor eran irreprochables, desde el pun¬to de vista terrestre. Y, por otra parte, no podía olvi¬dar que había sido virtualmente raptada para servir de placer a Hitar.

— Lo siento, Tucky —murmuró.
Taylor palmeó una de sus manos.
— No te preocupes—contestó, suavemente.

CAPITULO XI

La nave, moviéndose con gran lentitud a flor de agua, se introdujo en una pequeña caleta rocosa. Taylor saltó a tierra rápidamente, con un cabo en la mano, que ató a un saliente. Luego tendió la mano a la muchacha, para ayudarla a poner pie en suelo firme. Casi en se¬guida, oyeron pasos en las inmediaciones.

— Échate, rápido —susurró él.

Irina obedeció en el acto. Taylor, por su parte, se agazapó tras una roca. Los pasos sonaron más cerca. Asomando ligeramente la cabeza, Taylor vio un sendero de cemento, que parecía contornear la isla, siguiendo, en parte, los accidentes del terreno. Por encima de sus cabezas, a unos cuatrocientos metros de distancia, se alzaba la mole oscura del palacio de verano de Hitar.

Las corazas de los centinelas chispearon un segundo. Taylor dejó que pasaran delante y luego saltó como un tigre.

Segundos más tarde, dos cuerpos yacían en tierra, completamente inmóviles. Taylor emitió un tenue sil¬bido y la chica acudió a la carrera.

— No temas —dijo él—; sólo están desvanecidos. Pero convendría que te pusieras una coraza y un casco.

— Acabarán por notar su falta — advirtió Irina.

— Lo sé, pero ya estaremos en el palacio.

Minutos después, estaban ya equipados. Taylor arras¬tró los cuerpos de los centinelas hasta el otro lado de una gran roca y luego se irguió.

— Vamos.

Sin embargo, en lugar de caminar por el sendero de ronda, tomaron la vía más recta hacia el edificio. Diez minutos más tarde, se hallaban al pie de una de las ven¬tanas.

Otros centinelas paseaban por las inmediaciones. Taylor oyó comentarios acerca del aparato derribado por los artilleros. De ello dedujo que la vigilancia, tras un lógico refuerzo, había vuelto a la normalidad. Sólo había unas cuantas patrullas, en misiones de rutina.

Cuando los soldados se alejaron, Taylor se irguió y tanteó la ventana. Momentos después, se izaba al interior de la residencia. Alargó las manos y tiró de la muchacha.

— ¿Dónde puede estar Jazira? —susurró.

— Las habitaciones de los invitados están en el piso superior — contestó ella.

— Bien, vamos allá.

Después de cruzar la estancia, se asomaron a un am¬plio vestíbulo, desierto en aquellos momentos. Taylor consultó su reloj. Eran ya más de las tres de la madru¬gada. En el interior del edificio, reinaba un silencio absoluto.

De pronto, agarró la mano de la chica. Corriendo sin hacer ruido, atravesaron el vestíbulo y alcanzaron la escalera. Segundos después, se

hallaban en el piso supe¬rior, en el borde de una media rotonda, a la que daban seis puertas.

Taylor se rascó la cabeza.

— ¿Cuál de ellas es?

Irina señaló una con la mano.

— Esa, diría yo.

— ¿Por qué?

— Es la habitación destinada a los huéspedes distin¬guidos.

— ¿Cómo diablos sabes...?

— Primero me hicieron venir aquí, en espera de la llegada de Hitar. La servidumbre me enseñó algunas cosas. Luego, ocurrió algo..., vosotros, claro, e Hitar or¬denó que me llevasen a su palacio de Khixawar.

— He tenido suerte al encontrarme contigo —sonrió él, a la vez que avanzaba hacia la puerta indicada por la muchacha.

Hizo girar el picaporte, y encendió la luz. Entonces, contempló el espectáculo más sorprendente, abso¬lutamente inesperado. Y al ver aquello, se quedó sin habla durante algunos segundos.

* * *

Irina entró y cerró a sus espaldas. Al igual que el espía, se sintió presa de una estupefacción y un horror sin límites.

— Dios mío! — murmuro—, ¿Cómo es posible...?

Sentada en un gran sillón, había una muchacha de pelo rojo, que parecía dormida El aspecto que ofrecía, reducida a los puros huesos era horrible.

Taylor se sintió acometido por una cólera infinita. Sin embargo, logró dominarse, haciendo unas cuantas inspiraciones. Reaccionó y se acercó a la joven, tocán¬dola en un hombro.

— Jazira —llamó.

Ella abrió los ojos y rió estúpidamente. Un hilillo de baba cayó por su mentón. En los ojos se reflejaba el estado de total sometimiento a la droga en que se hallaba sumida.

— Jazira —insistió él.

La prisionera seguía riendo. Murmuraba palabras incoherentes y se advertía claramente que era absoluta¬mente inconsciente de lo que sucedía a su alrededor.

— Está loca — dijo Irina, horrorizada.

— Empapada de droga hasta el tuétano —murmuró Taylor—. irrecuperable, ya no se puede hacer nada por ella.

— Pero ¿por qué? ¿Por qué?

— Seguramente, le arrancaron la fórmula mediante una droga de mayor potencia que la normal, pero que, al mismo tiempo, crea un hábito y una

dependencia tota¬les, sin posibilidades de curación. Ahora 1a mantienen a base de esa sopa con droga, hasta que acabe por morir.

— ¿No se podría hacer nada por ella?—gimió la mu¬chacha.

Taylor movió la cabeza negativamente.

— No soy médico, pero creo que Jazira ha rebasado ya el punto de no retorno en su viaje hacia la muerte —dijo, con sombrío acento—. Mírala, está absoluta¬mente estupidizada... A las cinco, le traerán ese tazón con el jarabe drogado...

Apretó los puños.

— ¡Cómo me gustaría tener el asqueroso pescuezo de Hitar al alcance de mis manos! —exclamó, devorado por la furia.

Pero luego hizo un esfuerzo por mantener la sere¬nidad. La cólera no le ayudaría a resolver la situación en que se hallaban.

Miró a su alrededor. De pronto, divisó un maletín encima de una consola. Debía de pertenecer al equi¬paje de aquella infeliz que ya no iba a recuperarse más de su forzada adición a la droga.

Abrió el maletín y hurgó en el interior. Había algu¬nas prendas, de ropa interior, algunos frascos y, en una de las bolsas interiores, un papel que Taylor extrajo para enterarse de su contenido.

Segundos después, lanzaba una exclamación de sor¬presa;

— ¡Mira, Irina!

La chica acudió corriendo. Taylor le ensenó el papel.

— Es la copia de una solicitud de ciudadanía de Jazira d'Aussv —dijo.

— Quería conseguir la ciudadanía terrestre —mur¬muró Irina.

—Sí, porque su padre era terrestre. La fecha de la solicitud es de seis meses atrás...—Taylor entornó los ojos—. Veo el sello del registro de la cancillería de la Embajada, lo que significa que la solicitud siguió su curso y, por lo tanto, a estas horas, Jazira es ya ciuda¬dana de la Tierra.

— Entonces, por eso la secuestró Hitar.

— Exactamente. Sospechó que Jazira proporcionaría la fórmula al gobierno terrestre y decidió que no le convenía. El proceso de fabricación había sido iniciado por el profesor D'Aussy y sólo él, o quien conociera la fórmula, podía dirigir las operaciones. Jazira podía ha¬berlo hecho en la Tierra, cosa que no le convenía al protector, en absoluto. Y como su padre había muerto, tuvo que arrancarle la fórmula mediante las drogas.

— Pero eso no explica del todo su estado actual...

Taylor entornó los ojos.

— Pienso que Jazira debió de resistirse subconscien¬temente con todas sus fuerzas psíquicas, por lo que la forzaron a tomar más y más cantidades de droga, hasta que su mente acabó por ceder. Para entonces, ya no tenía remedio su mal.

— Entonces..., has fracasado.

Hubo un momento de silencio. Taylor reflexionaba concentradamente.

— Puede que haya una solución —murmuró al cabo.

— ¿Cuál?

— Hitar.

— ¿Crees que él sabe...?

— Si no conoce la fórmula, al menos debe de saber quién dirige, ahora, el proceso de elaboración del kesium. Y me lo dirá, vaya si me lo dirá —exclamó Taylor, cuya furia no cedía todavía por completo.

Guardó el documento en un bolsillo y se dirigió hacia la puerta. En el mismo instante, alguien abrió brusca¬mente.

Sonó un grito de rabia:

— ¡El espía!

* * *

Detrás del coronel Dtoow había un coracero armado. Taylor reaccionó con fulgurante velocidad. Agarró a Dtoow por el cuello y tiró de él hacia adentro, a la vez que giraba sobre sus talones. Los pies de Dtoow se separaron del suelo. Cuando Taylor abrió sus manos, el cuerpo del coronel voló por los aires, hasta estrellarse contra una pared. Cayó al suelo y quedó allí semiinconsciente, gimiendo sordamente.

Taylor giró de nuevo. El coracero, rehecho de la sor¬presa, había sacado su pistola. Taylor se dio cuenta de que no tendría tiempo de evitar el disparo y se agachó, una fracción de segundo antes de que la barra de luz sólida brotase del cañón del arma.

El soldado no pudo repetir su disparo. Dos manos poderosas agarraron su antebrazo, retorciéndolo brutal¬mente. El dolor resultó intensísimo, insoportable, lo que le provocó un desmayo fulminante. Cayó al suelo y Taylor lo arrastró al interior de la estancia.

— Vamos, Irina —dijo.

Ella le tocó en el hombro.

— Mira, Tucky.

Taylor giró en redondo. Un estremecimiento de horror sacudió su cuerpo.

Jazira d'Aussy no era ya sino un montón de carne carbonizada. La descarga disparada por el coracero había alcanzado de lleno su cuerpo, terminando así con sus sufrimientos. Irina percibió claramente el crujir de los dientes de Taylor, cuando las mandíbulas del joven se cerraron de golpe en un incontenible gesto de ira.

— Hitar pagará por esto —aseguró—. Vámonos, Iri¬na; ya no podemos perder más tiempo.

En el interior de la residencia, dedujo Taylor, la vigilancia no debía de ser muy intensa, precisamente para evitar el conocimiento de la situación por un nú¬mero excesivo de personas. Por otra parte, al creerle muerto, Dtoow había debido de suprimir la mayor parte de los guardias. Eran unas

deducciones completamente acertadas, como pudo comprobar al llegar a su nave sin más dificultades.

El aparato se sumergió poco después y empezó a mo¬verse en dirección a la orilla.

— Vas al palacio de Hitar —dijo Irina, tras un largo espacio de silencio.

— Sí.

— Dtoow avisará de lo ocurrido.

— Es probable.

— Puedes encontrar dificultades...

— Saldré adelante. A ti te dejaré, antes, en lugar seguro.

— ¡No!

Taylor se volvió, sorprendido.

— ¿Qué quieres decir con esa palabra de dos letras? —inquirió.

— Exactamente, lo que significa.

— Puedes correr muchos riesgos.

Irina sonrió.

— Merece la pena —dijo.

— ¿Tú crees?

— Estoy pensando en una renta mensual de veintiún mil... ¿Hay suficiente para dos personas?

Taylor le pasó un brazo por los hombros, a la vez que lanzaba una alegre carcajada.

— Hay más que suficiente —contestó.

— De todos modos, encuentro algo extraño en todo este asunto —dijo Irina de pronto.

— ¿Qué es, preciosa?

— Tu misión —contestó ella—. Si Jazira era ya una ciudadana terrestre, ¿por qué no hicieron una recla¬mación por vía diplomática?

Taylor frunció el ceño.

— Probablemente, se debe a la burocracia — repuso.

— ¿Cómo?

— Esa solicitud siguió los trámites corrientes en tales casos. Nuestra misión era supersecreta. Ni siquiera nos comunicamos con la Embajada, ni aún ahora saben nada. De lo contrario, nos lo habrían advertido, ¿com¬prendes?

— Es decir, había que librar a la Embajada de cual¬quier compromiso embarazoso.

— Justamente.

— Eso significa que si te sucede algo, nadie alzará un dedo para reclamar.

— Nadie, en efecto. Pero así es la vida de los espías, Irina.

— Confió en que ésta sea tu última misión, Tucky.

— Lo será, te lo garantizo. Fracasado o no, volveré a la Tierra y colgaré

el uniforme. Es una metáfora, claro.

— Te he entendido perfectamente —sonrió ella.

— Gracias. Irina, ¿no te da miedo ir de nuevo a la residencia de Hitar?

— Un poco..., pero tendré que aguantármelo.

— Saldremos adelante —vaticinó él. Pero, en su fuero interno, pensaba que todavía quedaba por realizar el movimiento más difícil de aquella endiablada partida.

CAPITULO XII

Estaba profundamente dormido, cuando sintió que una mano le tocaba en el hombro.

Torpemente, dijo:

— ¿Coronel?

— No soy Dtoow.

Hitar se sentó de golpe en la cama, súbitamente des¬velado. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que le sucedía, unas fuertes manos lo arrancaron del lecho, arrojándolo al centro del dormitorio.

— Vístete —dijo Taylor.

Hitar, estupefacto, le miró desde el suelo. Estaba ridículo, con un camisón que cubría su grueso cuerpo hasta las rodillas.

— Pero..., los detectores...

— Los anulé con contramedidas. —Taylor desenfundó la pistola de luz sólida—. Vístete ahora mismo o te carbonizo aquí, en tu propio dormitorio.

Aterrado, Hitar obedeció con una presteza que pare¬cía imposible en un hombre tan obeso. Taylor lo aga¬rró con una mano por el cuello. La otra sujetaba la pistola que se apoyaba en el costado derecho del pro¬tector.

— Escucha bien lo que voy a decirte. Vas a venir con nosotros, sin rechistar, porque, de lo que hagas, depende tu vida. ¿Has comprendido?

Hitar asintió torpemente.

— No haré ruido —prometió.

— Así está mejor. Irina, abre.

La muchacha obedeció. Salieron al pasillo. Irina co¬rrió hacia el cuarto donde estaban los propulsores indi¬viduales. Al verse en aquel lugar, Hitar se sintió per¬plejo.

— ¿Qué es lo que pretendes, terrestre?

— Lo sabrás muy pronto. Aunque..., ¿es que no eres capaz de imaginártelo?

— La Fórmula K.

— Exactamente. Jazira ha muerto.

— Lo siento.

— No lo sientes, perro — dijo Taylor coléricamente—. Pero esa muerte puede ser quizá olvidada, si consigo saber quién conoce ahora la fórmula. Porque aquí se sigue fabricando el kesium. ¿O no?

Hitar apretó los labios.

— Tienes en la mano una muestra práctica de ello — contestó.

Taylor miró un instante la pistola.

— No me tomes el pelo —gruñó.

De pronto, Hitar se echó a reír.

— Eres tonto de remate, espía —se burló.

— Basta —cortó el joven—. Irina, toma mi pistola. Vigila, mientras le

coloco a este saco de grasa uno de los propulsores.

La muchacha se situó a dos pasos de distancia. Tay¬lor trabajó activamente. Luego se puso otro arnés. Iri¬na se colocó el suyo a continuación. Después, Taylor se acercó a Hitar.

— Vamos a salir volando por la ventana, pero ten en cuenta que la luz viaja a trescientos mil kilómetros por segundo. ¿Te imaginas el tiempo que tardará en reco¬rrer, como máximo, los treinta metros que hayas podido alejarte de nosotros, si decides fugarte?

Hitar sudaba.

— Al menos, podías decirme qué pretendes de mí...

— ¿Por qué no me dices, tú, cuáles son los motivos que te impiden ceder la fórmula a la Tierra?

— Es una cuestión de alta política. Te resultaría difí¬cil entenderlo.

Taylor parpadeó. De pronto, creyó comprender.

Sonrió.

— Puede que estés equivocado — dijo. Dio un golpe en el carnoso hombro del protector—. Anda, despega; no¬sotros te seguiremos inmediatamente. Y recuerda la pistola.

— No la olvido —contestó Hitar, secamente.

El protector se elevó en el aire. Taylor e Irina siguie¬ron a continuación. Apenas habían salido de la estancia, sonaron unos gritos de furia en la puerta.

La cerradura saltó, fundida por un disparo de luz sólida. El coronel Dtoow irrumpió en el cuarto, seguido por unos cuantos coraceros.

— ¡Irina! —gritó Taylor—. ¡Ponte delante del gordo!

La chica maniobró para ejecutar la orden. El volu¬minoso cuerpo de Hitar le serviría de parapeto para posibles descargas de las pistolas de Dtoow y sus hombres.

Dtoow alcanzó la ventana y lanzó una exclamación de furia. Había levantado la pistola, pero la bajó en el acto, al ver que Taylor tenía la suya encarada al cuerpo de Hitar.

— ¡Tengo que perseguirles! —dijo—. Vamos, ayudad¬me a colocarme uno de los propulsores. Vosotros me seguiréis, a continuación. Es preciso alcanzarlos antes de que sea demasiado tarde.

Varios de los soldados trajeron uno de los propul¬sores. Ayudado por sus secuaces, Dtoow se colocó los arneses. Alzó la mano, asió el bastón de control y el aparato le hizo levantarse del suelo.

Lentamente, salió a través de la ventana. Aceleró, ganó altura y, de súbito, notó que el aparato perdía sustentación.

Taylor y sus dos acompañantes estaban aún a menos de doscientos cincuenta metros y a cien de altura sobre el suelo. El espía se volvió, justo a tiempo de ver la caída de Dtoow.

— ¡Buen viaje al infierno!—exclamó.

— ¿Qué has hecho?—preguntó Irina.

— Manipulé los controles de alguno de los propulso¬res, ¿recuerdas? Siempre hay que jugar por adelantado, tenlo presente.

En el cuarto de propulsores, los soldados habían presenciado la brutal caída de su jefe, desde más de cien metros de altura. Dtoow era ahora un montón de carne ensangrentada, mezclada con los restos destro¬zados del propulsor.

— Están averiados —dijo uno de los soldados, a los pocos momentos.

Otro coracero se encaminó hacia la puerta.

— Me parece que voy a buscarme un trabajo menos arriesgado — dijo.

Uno tras otro, salieron de la estancia. Todos ellos presentían el final de una época de crueldad.

* * *

— Antes dijo que eran cuestiones de alta política. ¿Qué significa eso, Tucky?

Taylor demoró la respuesta unos segundos. Estaba muy ocupado en acomodar a su prisionero en el inte¬rior del bote auxiliar.

— Significa, exactamente, que faltan siete meses para las elecciones presidenciales. El presidente actual es Hayes Dubronnic, partidario de las relaciones amistosas con Barduhl, pero sin interferencias en la política in¬terna —dijo al cabo—. Uno de los aspirantes más califi¬cados es Tomasso Torlani, en cuyo programa político figura un mayor acercamiento a Barduhl. Se rumoreaba que su campaña estaba siendo financiada por personas desconocidas y ahora sospecho que ese dinero salía de las arcas del Tesoro de Barduhl.

— Aun así, sigo sin entender —manifestó la chica.

— Está bien claro. Si Torlani gana las elecciones, será una marioneta de cuyos hilos tirará este gordo que tenemos aquí presente. A cambio de la fórmula del ke¬sium, Hitar dirigiría a su gusto y capricho el gobierno de la Tierra. De modo que, de independientes, pasaría¬mos a satélites, sin darnos cuenta siquiera del cambio de la situación. El dominio sería muy sutil, pero no por ello menos efectivo.

— La jugada es buena, Tucky —dijo Irina.

— Sí, pero creo haberla contrarrestado.

Taylor estabilizó el aparato a doscientos metros de altura y conectó el piloto automático. Sobre sus cabezas se divisaban las nubes que señalaban la inminencia de una tormenta atmosférica.

— Hitar, ponte en pie.

El protector obedeció. Su rostro estaba deformado por la rabia más absoluta.

— No te saldrás con la tuya...

— Ahora no estás en condiciones de dar órdenes, sino de recibirlas. Y

no pienses que la gente de Barduhl besa el suelo por donde pisas, sino todo lo contrario. Yo diría más bien que escupen, ¿no es cierto, Irina?

— Sí —confirmó la chica.

— Pero yo tengo la fuerza y el poder... —gritó Hitar.

— Ahora no tienes más que tu sucio y grasiento pe¬llejo— cortó Taylor, a la vez que empujaba al protec¬tor hacia uno de los costados de la nave. Tocó una tecla v la escotilla se deslizó silenciosamente a un lado.

La nave volaba a una moderada velocidad de cin¬cuenta kilómetros a la hora. Taylor miró fijamente al gordo individuo.

— Estoy pensando en Jazira d'Aussy y la perra vida que le has dado durante los últimos seis meses —dijo con furia concentrada—. Tú sabias que ella había solici¬tado la ciudadanía terrestre y como ello contrariaba tus planes, la hiciste secuestrar, para que no llevase la fórmula a la Tierra. Muy bien, ahora es la ocasión de que digas quién conoce la fórmula.

Hitar sudaba a chorros.

— No serás capaz de arrojarme desde esta altura, ¿verdad? —suplicó.

— Puesto que voy a volverme a la Tierra sin la fórmu¬la, ¿qué me importa lo que te pueda suceder?

— El que la conoce tiene órdenes muy concretas. No la dirá si no se lo ordeno yo personalmente, a solas, y sin señales de amenaza —contestó Hitar.

— Dime quién es ese tipo y yo me encargaré de arran¬carle la fórmula, aunque sea con tenazas.

Hubo un instante de silencio. Hitar contempló el ros¬tro del hombre que tenía frente a sí y se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

— Lo diré, pero un día me tomaré el desquite...

— No hagas profecías que no vas a poder cumplir.

Cuando hayamos terminado, te dirigirás al pueblo y dirás que dimites de todos tus cargos y que te retiras a la vida privada. Dtoow ha muerto y era tu brazo derecho, el hombre que te hacía temible, pero también odiado. Nadie te echará de menos, créeme, y una vez hayas dejado el poder, valdrás menos que un centésimo de crédito.

Hitar se sintió abrumado. En su fuero interno, sabía que todo lo que decía el espía era rigurosamente cierto. Nadie le echaría de menos, nadie lamentaría su dimi¬sión...

Abrió la boca y pronunció un nombre, pero Taylor no lo pudo escuchar, porque, en el mismo instante, des¬cendía de las alturas un trueno ensordecedor.

Una violenta ráfaga de viento sacudió el aparato. Hitar perdió el equilibrio y saltó al espacio a través de la escotilla abierta. Taylor tuvo que agarrarse a un sa¬liente, para no seguir la misma suerte.

Con ojos morbosamente fascinados, siguió el pesado vuelo de Hitar, que terminó a doscientos metros más abajo, sobre unas rocas. El grueso cuerpo del protec¬tor pareció reventar como una vejiga llena de sangre.

Frustrado, encolerizado consigo mismo, cerró la esco¬tilla y se sentó en

el puesto del piloto.

— He fracasado —dijo sombríamente.

* * *

— ¿Qué piensas hacer, ahora? —preguntó Irina más tarde.

Habían salido del área de la tormenta y volaban en un gran círculo, para regresar a la capital.

— Te dejaré en casa de tus padres —contestó Tay¬lor—. Luego me elevaré fuera de la atmósfera. Lanzaré una señal de radio y la astronave que me trajo de la Tierra reaparecerá en el espacio normal. Eso es todo.

— Te irás sin la fórmula.

— ¿Quién la tiene, ahora? Puesto que Hitar ya no existe, el gobierno de la Tierra tendrá que tratar con el que se forme en Barduhl. Eso es ya una cuestión diplo¬mática, ¿entiendes?

— Te desanimas muy pronto, espía —sonrió la mu¬chacha.

Taylor volvió la cabeza.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó.

— Hitar te llamó tonto. Dijo que tenías en la mano una muestra práctica del kesium. Tú le apuntabas con una pistola.

Taylor abrió la boca, estupefacto.

— Diablos—murmuró a media voz—. Ningún mate¬rial que no sea kesium puede resistir las elevadísimas temperaturas que se originan en el momento de produ¬cirse una descarga sólida.

— Exactamente. Pero aún hay más.

Irina se levantó, salió de la cabina y volvió a poco con una de las corazas arrebatadas a los patrulleros de Shyrian.

—Una vez te dispararon y, aunque perdiste el sen¬tido, sigues con vida. Si esta coraza no estuviese hecha de kesium, con un baño de oro, claro está, ¿cómo podría haber resistido la descarga?

Taylor pasó las yemas de los dedos por la brillante superficie de la coraza.

— Lo tenía delante de las narices y no supe verlo...

— Suele suceder—rió ella—. En la Tierra, creo, se dice a veces que los árboles no dejan ver el bosque.

Taylor se pasó una mano por la cara, irritado con¬sigo mismo.

— Un bloque cúbico de ciento veinticinco centíme¬tros cúbicos de kesium se encierra, suspendido por hilos del mismo metal, en otro bloque de acero y cemento, a través del cual pasan dos conductores de alto vol¬taje—explicó, lentamente—. Entonces, se emite una descarga eléctrica de mil megavoltios, es decir, mil mi¬llones de voltios, durante una diezmilésima de segundo. Es suficiente para «incendiar» el kesium, que arderá constantemente durante un par de siglos. El bloque exte¬rior se calentará y calentará agua, la

cual producirá vapor..., y éste moverá una turbina...

Irina agitó levemente la cabeza.

— Entonces, con este trasto hay para un par de centrales de energía — sonrió.

— Posiblemente. Pero habrá que descontar unos gramos de la muestra que será preciso analizar...

—Quizá no sea necesario. Es probable que el nuevo gobierno que se forme resulte más receptivo a la discu¬sión sobre un nuevo Tratado, en el que se incluya, como cláusula preferente, la exportación de kesium.

— ¿Cómo sabes tú tantas cosas? —se asombró él.

Irina hizo un gesto.

— Mi padre habla mucho de este asunto con sus amigos — contestó—. Quizá le dé por actuar en polí¬tica... Si Hitar no hubiese tomado el cargo por la fuerza, es posible que Haram Zandrol hubiese sido elegido pro¬tector.

— ¡Caramba! Aquí va uno de sorpresa en sorpresa...

— Esa jugada no la habías calculado tú, ¿verdad? —rió ella, alegremente.

— Lo admito, no la había calculado.

— Anda, conecta el piloto automático —pidió Irina, de pronto.

— ¿Para qué? —quiso saber Taylor.

Irina se sentó en sus piernas, una vez realizada la maniobra.

— Dime —frotó su nariz contra la del espía—, ¿qué harás, cuando regreses a la Tierra a vivir de tu renta?

— Bueno, me divertiré un poco y luego cultivaré lechugas, iré a cazar y a pescar..., y también pintaré...

— Eso significa que ya tienes una casa.

— Así es.

— ¿Hay algún desierto cerca, Tucky?

— El más próximo, está a quinientos kilómetros, pero no se puede comparar ni de lejos con el Desierto Llameante.

Irina suspiró.

— Espía, llévame pronto a la Tierra — pidió, ardien¬temente.

F I N